

MANUEL LINARES RIVAS

LA ULTIMA NOVELA

COMEDIA EN TRES ACTOS

10

MERO EXTRAORDINARIO   75 CÉNTIMOS

LA ULTIMA NOVELA



MANUEL LINARES RIVAS
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1867-1938

La última novela

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Principal, de Zaragoza, el 5 de noviembre de 1927, y en el teatro Lara, de Madrid, el 18 de febrero de 1928.

NUMERO EXTRAORDINARIO

LA FARSA
ÑO II ✻ 25 DE FEBRERO DE 1928. ✻ NUM. 25
MADRID

DEDICATORIA

A Hortensia Gelabert.

En agradecimiento al personalísimo triunfo que obtuvo en esta obra, y con el afecto y la admiración de

Manuel Linares Rivas.

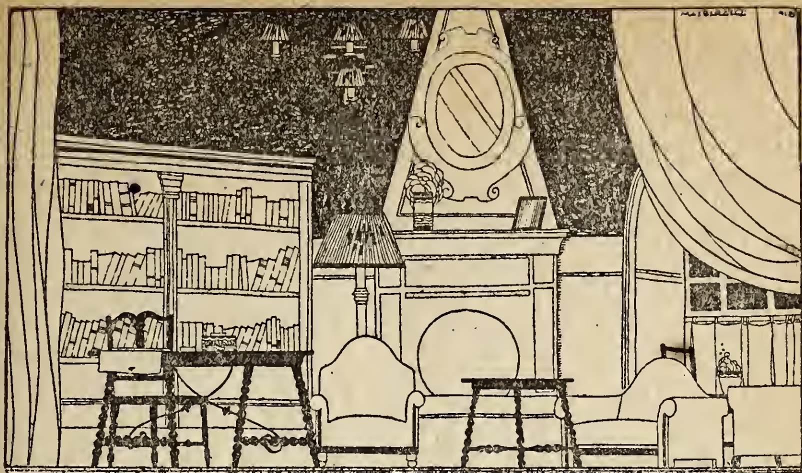
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pepa Cisneros (30 años)...........	Hortensia Gelabert.
Monserrat Fajarnés........... ..	Esperanza Ortiz.
Chuchita.........................	Raquel Martínez.
Paca............................	Pilar Alenza.
Demetrio Cisneros (55 años).......	Emilio Thuillier.
Gonzalo Arrazola (30 íd.)..........	Salvador Soler-Mary.
Don Lucas Pastorfido (60 íd.)......	José Isbert.
Amancio Cisneros (60 íd.).........	Federico Gonzálvez.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ADVERTENCIA.—Se ruega a la artista que interprete el papel de *Pepa Cisneros*, que use los vestidos todo lo largos que se lo permita su conciencia... y su modista, considerando estéticamente incompatible la falda corta con la situación dramática.



ACTO PRIMERO

Una salita íntima y alegre, con un pequeño cierre de cristales al foro. Libros, revistas y periódicos. Es en marzo. Por la noche.

ESCENA PRIMERA

Demetrio, sentado en el mirador, lee una revista. Una pausa. Por foro entran Chuchita y Don Lucas.

Chuchita.—¿Se puede? *(No viendo a nadie se acerca al mirador.)* Aquí está.

Demetrio *(Levantándose.)*.—¡Hola, Chuchita!

Lucas.—Aquí estamos para felicitar los días a tu chica. Y tratándose de días nos pareció natural venir de noche...

Demetrio.—Tanto monta... ¿La habéis visto?

Lucas.—Aun no.

Chuchita.—Lo primerito es el saludo a Don Demetrio.

Demetrio.—Gracias, pitusa. *(A Lucas.)* Le impor-

taré un comino..., pero se queda uno muy halagado con estas palabrillas afectuosas de las muchachas.

CHUCHITA.—De veras que le estimo a usted mucho.

DEMETRIO.—Mejor para mí. En la primera novela que escriba *la protagonista se llamará Chuchita* y ha de ser como tú, encantadora y buena.

CHUCHITA.—¡Entonces no va a parecer de las novelas de usted, Don Demetrio!

DEMETRIO *(Riéndose.)*.—¿Tan malas son mis heroínas?

CHUCHITA.—Un poquito desenvueltas...

LUCAS.—Es lo que oye comentar.

DEMETRIO.—Claro. Tú no leerás mis obras.

CHUCHITA.—No, señor. Tengo orden de decir que no, señor...

DEMETRIO.—Eso está bien explicado. Y no me sorprende nada. Hace ya mucho tiempo que ingresé en la categoría de los escritores que no se leen oficialmente.

LUCAS.—Tú te lo has buscado...

DEMETRIO.—Mis libros son de los que se leen... y se rompen. Lo que es una gran ventaja para mí, porque no se prestan... y se compran.

LUCAS.—Financieramente no cabe duda que tienes razón. ¡Así vives con este lujo y estas comodidades!

DEMETRIO.—Para mí, poco necesito y poco me importa: pero en cambio, para mi hija, ¡la única... y lo único del mundo!, todo me parece poco.

CHUCHITA.—¡Ya tiene usted fama de padrazo, ya!

DEMETRIO.—Y ella se lo merece, que criatura más leal, más recta y más cariñosa no ha nacido todavía

LUCAS.—Esa justicia le hacemos todos.

CHUCHITA.—¡Si será buena que hasta las amigas hablamos, a veces, bien de ella!

DEMETRIO *(Riendo.)*.—¿Siempre no?

CHUCHITA.—¡Eso ya es mucho pedir, Don Demetrio!

DEMETRIO.—Lo reconozco.

ESCENA II

Dichos. Monserrat, por foro.

Monserrat.—Hola, Don Lucas.

Lucas.—Hola, Monserrat. ¿Qué hay?

Monserrat.—Que aquí me tienen, como todos los años, pasando el día del Santo con la prima Pepa.

Demetrio.—Y a revolverme la casa.

Monserrat.—¡No va a ser éste un día como todos!

Demetrio.—Ya no lo es, no. ¡Bueno! Yo le doy carta blanca a la chiquillería. Con tal de que me dejen tranquilo este rincón ¡que hagan mangas y capirotes del resto de la casa!

Monserrat.—No le crea usted mucho lo de la tranquilidad, que en cuanto le dejamos solo un poco tiempo ¡allá se va el tío Demetrio a decirles piropos a las muchachas!

Demetrio.—Y también a bailar con ellas.

Chuchita.—Pues hoy, conmigo.

Demetrio.—¡Ya está dicho! El primer simi... o chimi..., o como se llame eso, me lo dedicas. No te garantizo que sea bailar... ¡pero saldremos juntos, *Chuchi,* y algunos de los que se rían me envidiarán!

Lucas.—Pero Demetrio...

Demetrio.—Ellas echan la casa por la ventana, y yo echo el corazón por el *jatz-band.* No es bailotear, es decirles: estoy contento por veros contentas a vosotras.

Chuchita.—Y así le adoramos a usted.

Demetrio.—Rebaja cuanto quieras de esta adoración, y aun me queda motivo más que sobrado para justificar las complacencias que les guardo.

Monserrat.—A lo que venía, tío Demetrio. Estamos organizando una excursión para el domingo a Navacerrada. ¿Tú lo autorizas?

Chuchita.—¿Me dejas a mí también, papá...?

Lucas.—Mujer, este domingo...

Demetrio *(Aparte a Lucas.)*.—¡Para que te obedezcan siempre de buen grado, apresúrate a mandar lo que los hijos deseen!

Lucas.—Puede que tengas razón. Chuchita, hija, llevas una vida demasiado retirada, que no es higiénica. Convendría que alguna vez salieras al campo...

Chuchita *(Abrazándole.)*.—Gracias, papaíto. Y a usted también, Don Demetrio. *(Abrazándole.)*

Demetrio.—Yo a ti. Aunque sea de segunda mano... ¡siempre es un abrazo!

Monserrat *(A Chuchita.)*.—Pues vamos a arreglar la excursión. *(A Lucas.)* ¿Quiere una taza de té, Don Lucas?

Lucas.—No, muchas gracias; me encuentro muy bien.

Monserrat.—¿Un dulce?

Lucas.—Luego iré a tomar una golosina, luégo

Monserrat.—Cuando quiera. *(Coje del brazo a Chuchita, y mutis las dos.)*

ESCENA III

Demetrio y Lucas.

Demetrio.—Siéntate, Lucas. Pues estas pequeñeces y estas bobadas son la vida del hogar. No hay otras.

Lucas.—Afortunadamente.

Demetrio.—Afortunadamente, sí. Cuando las hay, de cien casos noventa y ocho, es que el hogar se deshizo y no queda más que la prisión.

Lucas.—Cierto. El que tiene paz dentro de las cuatro paredes de su casa, paz nada más, no habría de cansarse de dar gracias a todas horas.

Demetrio.—Tanto lo creo, que yo no he omitido cuidado ninguno, ni sacrificio ninguno, para que aqui no

hubiera jamás ni la sombra de una mancha. Todas mis dificultades—que fueron muchas—y todas mis peleas—que no fueron pocas—las dejé siempre en la calle. De puertas para adentro no trascendió nada.

Lucas.—Hiciste muy bien.

Demetrio.—Como si en mí mismo hubiera dos hombres a la vez. El de afuera, audaz, peleador, sin escrúpulos ni sensiblerías, y no preocupándome de lo que pisaba ni a quién pisaba, con tal de abrirme yo camino. Y otro hombre, el de la casa, que todo eran reservas y delicadezas y pudores, para que dentro no salpicara ni una mota del fango que es inevitable—y hasta conveniente a veces—que se pise con fuerza por las calles.

Lucas.—Ya lo sé.

Demetrio.—Y de ese modo conseguí: fuera, ser un hombre temido—que hoy es equivalente a ser respetado...—y dentro de casa, que me respeten de verdad y que me quieran.

Lucas.—No alabo todo lo que hiciste... ni aun lo que haces, pero comprendo que tienes disculpa para más de un error.

Demetrio.—¿Error...? Puede que tú lo sepas con certeza. Yo, todavía no acerté a calificarlo.

ESCENA IV

Dichos. Amancio, por izquierda.

Lucas.—Hola, Amancio. Hablamos de la vida de éste.

Demetrio.—¡A buena parte vas con la historia! Hermanos somos por la sangre.

Amancio.—Y por el cariño.

Demetrio.—Y por el cariño. Por lo demás, debieron forjarnos en troqueles muy distintos.

Amancio.—Iguales... Sólo que después bifurcamos.

Tú has ido tras de la fortuna sin preocuparte excesivamente del camino que te llevaba hacia ella... y yo me quedé amarrado, petrificado en un modesto destino de Hacienda, aguardando siempre a que el escalafón se moviera para moverme yo un poquito.

LUCAS.—Demetrio se refiere más a vuestras ideas.

AMANCIO.—Bifurcamos también. Este tuvo que desprenderse de algunas... que estorbaban para ir muy deprisa... y yo sigo, como los árboles, sujeto a mi sitio y a mis raíces.

LUCAS.—Y a tus principios.

AMANCIO.—Sí. Los fundamentales no pueden variar. Ya sé que hay quien los varía y los amolda a sus conveniencias de momento, ya lo sé; pero yo no acepto esas componendas.

DEMETRIO *(Riendo.)*.—Don escrúpulos.

AMANCIO.—Sí. Eso me impidió lograr algunas ventajillas materiales—lo reconozco—pero en cambio llegué a los sesenta años sin que ni una sola noche, ni una, dejase de dormir tranquilo. Cuando estoy desvelado, mi Monserrat me pregunta: ¿qué te duele, papá...? Y siempre es eso, un dolor físico que me molesta; pero jamás fué un dolor moral, ni un remordimiento ni una mala acción la que alejara el sueño de mis ojos.

DEMETRIO.—Ni a mí tampoco.

LUCAS.—Claro que no.

AMANCIO.—Eres muy bueno. No te lo discuto. Pero precisamente por eso me dolió siempre más tu manera de escribir tan... tan desenfadada... y tan en oposición con tu propia conducta.

LUCAS.—¡Tanto, tanto!

DEMETRIO.—¿Y mi error estriba en eso? ¿En eso, Lucas? ¿En eso, Amancio?

AMANCIO.—¿Quién lo duda? Tus novelas, al margen de la moral, ensalzando las pasiones inconfesables y revistiéndolas, además, con un tejido primoroso de sutile-

zas, para que resulte que son arranques de almas sublimes lo que no pasa de ser una comezón y un cosquilleo de cuerpos vulgarísimos..., ¡no están bien, Demetrio, no están bien!

DEMETRIO.—Eso será... inconsciencia, cálculo, maldad, si quieres... ¿pero error? ¡Habrá que discutirlo!

LUCAS.—Con sofismas...

DEMETRIO.—Sin ellos. Tú sabes mi vida... ¡sábela ahora un poco más! Me casé muy joven y he sido en mi matrimonio todo lo feliz que puede ser un mortal sobre la tierra. Por mis aficiones, y buscándome además un modo de vivir, me dediqué a la literatura. ¿Recuerdas alguna obra de entonces?

LUCAS.—Varias.

DEMETRIO.—¿Hubo escritor más pulcro, más comedido, más respetuoso que yo con todos y con todo? ¿No, verdad?

LUCAS.—Verdad.

DEMETRIO.—Pues cuando enfermó la pobre Isabel no había en casa para las medicinas. ¿Verdad también, eh? Murió...; me quedé solo, con mi hija Pepita..., y retorciéndome el corazón, porque la necesidad no me permitía el lujo de llorar a la muerta adorada, me puse a escribir. ¡Fué la novela de mi dolor, de mis recuerdos, de mi propia vida y de mi propia alma! *(Pausa: se ríe...)* El editor me dijo que aquello sonaba a falso y que no podía interesar a nadie.

Vuelta a casa..., ¿ya supondrás cómo? Y a trabajar de nuevo en algo que interesara a las gentes.

¡A mí mismo me daba asco lo que escribía! Tiré la pluma veinte veces... ¡Error! ¡aquél si que era error!

Concluí la obra, y el editor me dijo, alborozado: "¡Aquí hay algo, amigo Cisneros! Y si quiere usted oír un consejo, quizás haya mucho: Donde pone usted *degeneración, vicio...* no ponga usted vicio á secas, que eso suena mal siempre..., sobre todo a los que son vi-

ciosos. Ponga usted que la heroína no es viciosa por vicio, sino por una de esas teorías enrevesadas que hay ahora: por morfinómana, por neurosis..., ¡ésto! por neurosis, que además es un título... ¡y estamos salvados! ¡La edición se vende completa! ¡Ya verá usted qué portada a tres colores más sugestiva!"

Seguí el buen consejo. Y cada vez que aquella muchacha perversa tenía ganas de retozo, explicaba yo, previamente en el capítulo, los impulsos de la neurosis que la arrastraban contra su voluntad. Y con esa justificación decíamos, ya a mansalva, que era una neurótica la que no era, en realidad, más que una grandísima sinvergüenza.

Lucas.—Tú mismo lo reconoces.

Demetrio.—Pero desde entonces, y persistiendo por ese rumbo, he logrado unas ganacias que en aquella época me hubieran parecido fabulosas. Y lo cómico—si quieres que sea cómico ésto—es que no interesé a nadie con un dolor verdadero y enorme, y ahora..., ¡ahora soy un estilista de las almas, un buceador mágico de los sentimientos...! ¿Lo has leído?

Lucas.—A diario.

Demetrio.—Pues ya puedes resolver con pleno conocimiento de causa. ¿Fué error el cambiar las privaciones, la miseria... y el desdén con que me trataban, por la riqueza, la fama y la predilección complaciente de los editores?

Lucas.—Si te he de hablar con franqueza, ¡has sido un sabio, Demetrio!

Demetrio.—Lo otro era demasiada tontería.

Amancio.—¿Y el daño que haces, Demetrio?

Demetrio.—¿Yo?

Amancio.—Inmenso. La letra de molde ejerce una sugestión aterradora, y muchas noticias, que se las discuten a una persona de notoria formalidad, las creemos sin vacilación en cuanto aparecen impresas. Más aún.

La misma noticia, la misma, literalmente copiada, por el solo hecho de venir en otro periódico ya es confirmación indudable de la primera noticia.

Demetrio.—Así pasa. Puede constarnos que Fulano es un canallita: un canalla en su vida particular, canalla en lo que piensa, en lo que hace y en lo que escribe..., y sin embargo, en cuanto sus cuartillas llevan el marchamo periodístico, ya no es Fulano quien escribió, es el periódico...; y la noticia, a veces la mala noticia, adquirió de pronto la fuerza, la respetabilidad y la veracidad que el periódico merezca.

Amancio.—Exacto. Y por eso a tí te digo: cuida un poco lo que escribes, porque luego muchos te lo creen. Cuando quieras deliberadamente hacer un mal, como cuando quieras pegarle a otro de bofetadas... ¡tú sabrás... y tú verás!; pero cuando no lleves mala intención, cuando escribas... por escribir, como la mayor parte de las veces, piensa un minuto en que puedes causar mucho daño, y en que, sin necesidad o sin odio, no hay por qué hacer a todas horas que la pluma sea un puñal...

Demetrio.—En nosotros no es lo mismo. La novela ya saben todos que es novela.

Amancio.—Sí. Saben que es ficción, en cuanto a los personajes, pero muchos aplican la situación fingida a la situación propia; que a todos los que leemos de buena fe nos impresionan profundamente los razonamientos hábiles; y Goethe, diciendo en el Werther "que Dios no se podía enojar porque un hombre quisiera acudir más pronto a su presencia", ha sido el determinante de un número incalculable de suicidios.

Demetrio *(Pensativo.)*.—Es cierto, sí...; pero me llevaron las circunstancias.

Amancio.—No te acuso. La miseria es mucha ley.

Demetrio.—¡Mucha! A mí me hizo cambiar radicalmente.

Amancio.—Y a mí me hizo amarrarme cada día más

y con más fuerza a las ideas de respeto, de humildad, de resignación...

DEMETRIO.—Siempre hay dos senderos para elegir.

AMANCIO.—Pero uno ha de ser equivocado.

DEMETRIO.—Al emprenderlo... ¿quién lo sabe? Y después, ¿quién lo remedia?

LUCAS.—Dificilillo es...

ESCENA V

DICHOS. GONZALO, por foro.

GONZALO.—¿No molesto?

DEMETRIO.—Nunca. Desearíamos verle más por aquí

GONZALO.—El despacho me ocupa todo el día.

DEMETRIO.—¿No se conocen? Don Lucas Pastorfido, un buen amigo... ¡desde muchachos! Gonzalo Arrazola, un buen muchacho, con el que llevo trazas de hacer amistades... ¡desde viejos!

LUCAS.—¡Hombre!

DEMETRIO.—Yo porque lo soy, y él porque lo parece con su gravedad. No tiene vicios, creo que no tiene defectos, no va a una diversión y no le cuentan ni una aventurilla.

GONZALO *(Riendo.)*.—El señor Pastorfido va a figurarse que soy un ente estrafalario.

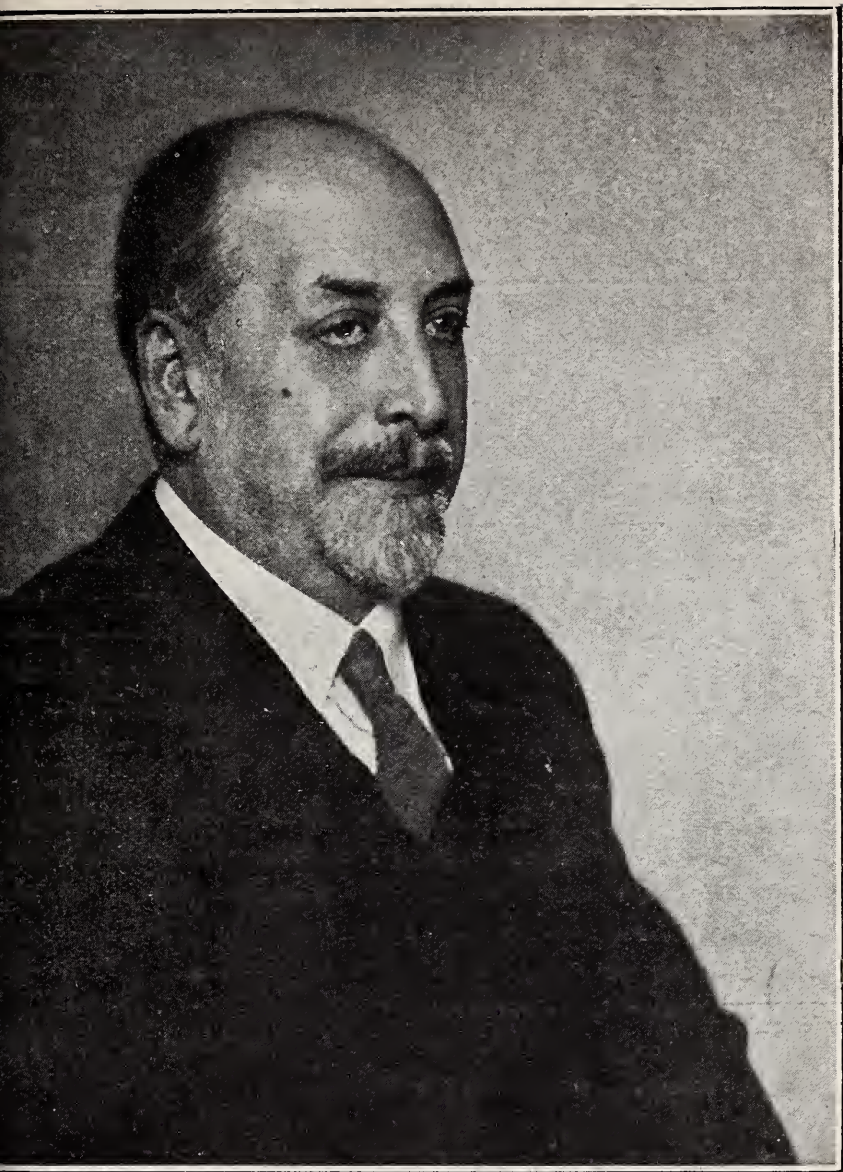
LUCAS.—No. Una persona formal.

GONZALO.—A eso quedo reducido; sí, señor. Trabajo bastante, madrugo mucho y, naturalmente, trasnocho poco.

LUCAS.—¿El señor es empleado?

DEMETRIO.—Has debido suponer que no. Ya te dijo que trabaja mucho.

LUCAS.—Perdón...



DON MANUEL LINARES RIVAS



Hortensia Gelabert y Emilio Thuiller, la actriz de suprema belleza y exquisita sensibilidad, y el gran actor, a cuyo nombre ilustre el adjetivo que mejor cuadra es el de maestro.

DEMETRIO.—Es representante de una casa inglesa de automóviles.

GONZALO.—Una ocupación—mitad oficio y mitad *sport*—que me distrae, sin cansarme por lo variada. Además traigo coches por mi cuenta, desmontados, los hago montar aquí y la diferencia de arancel me deja un margen muy respetable.

LUCAS.—¿Buen negocio?

GONZALO.—Bueno. Aprovecho los días de fiesta para salir a probar los coches, yéndome a comer al campo —lo que para mí es una doble distracción—; ¡y eso es todo!

DEMETRIO.—Vida honrada.

GONZALO.—¿Por qué no?

ESCENA VI

DICHOS. PEPA, por foro.

LUCAS.—Felicidades, Pepa.

PEPA.—Muchas gracias por esas flores, don Lucas. Y a usted por las suyas, Gonzalo. El jarrito es una preciosidad...

GONZALO.—Celebro que le agradara.

PEPA.—Muchísimo. Le he reservado un baile conmigo... ¿Quiere?

GONZALO.—Lo iba a suplicar.

DEMETRIO.—Aun con esa contestación tan correcta, no estoy muy seguro de que le hayas hecho gran favor.

GONZALO *(Riendo.)*.—No exigiéndome primores de ejecución...

PEPA.—Tampoco soy yo de las habituales de los salones; pero aquí, en casa, y poco más que en familia...

GONZALO.—Pues el que usted se digne concederme.

PEPA.—Este primero, no; el siguiente.

GONZALO.—Muy bien.

PEPA.—Por ustedes venía. Haz un poco los honores, papá, que también a mí me gusta darme el tono de que te vean y de que un señorón, tan famoso y tan alabado, no se desdeña de alternar con mis amiguitas.

DEMETRIO.—Obedecer es amar. ¡Allá va el señorón donde le mandan!

PEPA.—¿Puedo coger un retrato tuyo para las de Hermida, que me lo pidieron ya no sé cuántas veces?

DEMETRIO.—Pero de los antiguos, de aquellos en que estoy joven todavía.

PEPA *(Riendo.)*.—A ratos dices unas boberías...

DEMETRIO.—Ésta no lo es tanto como parece. Para quien me conoce no tengo interés ninguno en disimular los años; para la propaganda no es conveniente lanzar caras arrugadas y pelos blancos..., ¡desacreditan los libros!

LUCAS.—¡Váyase por cuando los libros desacreditan a los autores!

DEMETRIO.—También ocurre, también.

PEPA.—Anda, anda.

DEMETRIO.—¿Vamos? *(Mutis los tres por foro.)*

ESCENA VII

PEPA.

(Sale por derecha y vuelve a poco con un paquete de fotografías que deja sobre la mesa. Acerca una silla y se sienta a escoger el retrato, mirándolos con delectación. Todos le parecen muy bien, pero ninguno bastante bien para determinarse a preferirlo. De pronto se le va apagando la sonrisa, las facciones se tornan serias y queda absorta. La imaginación ha volado muy lejos, el retrato se le cae lentamente de las manos, y ella, inmóvil, sueña despierta.—Una pausa.)

ESCENA VIII

PEPA. MONSERRAT, por foro.

MONSERRAT (*Aproximándose despacito.*).—Contemplando al padre...

PEPA (*Con un pequeño sobresalto.*).—Sí...

MONSERRAT.—¡Ha debido ser muy guapo!

PEPA.—Sí...

MONSERRAT.—¡Y qué buen humor tiene siempre! Ahora pasé a su lado...; pero no me dejó pasar sin decirme una galantería.

PEPA.—Merecida...

MONSERRAT.—¡Bah!... Es que nos ve alegres y le satisface ponerse a tono del momento.

PEPA.—Con razón.

MONSERRAT.—¡Encanta el ver lo bien que os lleváis!

PEPA.—Por mi parte no tiene mérito ninguno. Habiéndome quedado tan chiquita sin madre, él fué a un tiempo padre y madre; no me cuidaron nunca manos mercenarias, sino las suyas, tan amorosas para mí; en la época del colegio, no faltó un día de fiesta a visitarme ni tuvo jamás una ocupación urgente que le impidiera salir conmigo si había permiso; después me trajo para casa, y no sé lo que es un deseo mío que no se realice, ni a qué podrá sonar una palabra áspera en sus labios.

MONSERRAT. Es muy bueno.

PEPA.—Sobre toda ponderación. Con lo difícil que dicen que es la vida entre una muchacha soltera y un padre relativamente joven, yo no he notado nunca esas dificultades. Hay aquí una formalidad y un orden tan grande, que si viviera mi pobre madre no lo habría mayor.

MONSERRAT.—Es cierto. El tío Demetrio se consagró a ti exclusivamente.

PEPA.—Exclusivamente... no lo juro, Monserrat. ¡No ha faltado quien me cantara a los oídos historias cascabeleras y aventurillas galantes! Puede ser que no mientan... Ya soy demasiado talludita para ignorar que ocurren esos lances por el mundo.

MONSERRAT.—Chismes y mentiras.

PEPA.—No hay para qué hacerle santo; ya es bastante con que sea bueno. Pero lo que sí te aseguro es que a casa no llegó jamás ni una salpicadura de lo de fuera. Le creo pecador por la teoría general de que todos somos de barro; pero por lo que yo haya visto o por lo que haya podido sospechar con algún fundamento, mi padre es impecable.

MONSERRAT.—Ya es mucho el haberte guardado un respeto tan constante.

PEPA.—La más exigente no tendría derecho a pedir más. Con todo esto—e infinitas delicadezas que cada día comprendo mejor y, por consecuencia, se las agradezco más aún—, ¿qué tiene de particular que le adore, que piense como él en todo y que sus palabras para mí sean artículo de fe?

MONSERRAT.—Es lo natural. Cualquiera procedería como tú.

PEPA.—Jamás ha mentido. Ni en cosas pequeñas. Y es la mía una confianza tan sin límites en su rectitud y en su veracidad, que si alguna vez me encontrara delante de una muralla y todos además me confirmaran que era una muralla, pero mi padre me dijese que no, que era una nube, creería que todos y yo nos equivocábamos y que sóllo él tenía razón.

MONSERRAT.—¡Más vale!

PEPA.—¡Ya lo creo! No puedes figurarte la tranquilidad, la seguridad con que se marcha por el mundo amparada siempre en una protección así.

MONSERRAT.—¿No tendrás secretos para él?...

PEPA.—Ninguno. Hasta las bobadas..., si Fulano me

lijo o Mengano dejó de decir..., las comentamos juntos.

MONSERRAT.—¿Hablasteis de Gonzalo?

PEPA.—En más de una ocasión. Y opina como yo: que es un muchacho muy serio, muy trabajador y muy simpático.

MONSERRAT (*Riéndose.*).—Entonces...

PEPA (*Seria.*).—Entonces..., seguimos lo mismo que antes.

MONSERRAT.—¿En nada?

PEPA.—En nada. Es indudable que no le soy indiferente; es indudable que no se dirige a ninguna otra; pero también es cierto que a mí no me dijo nunca una palabra de amor, ¡nunca!

MONSERRAT.—Lleváis un año así.

PEPA.—Más del año.

MONSERRAT.—¡Ya es mucha timidez!...

PEPA.—No. No es el tipo del tímido.

MONSERRAT.—¿Pues de qué?

PEPA (*Después de una pausa.*).—No lo sé, Monserrat.

MONSERRAT.—¿Pero él no te ha dicho algo siquiera?...

PEPA.—No.

MONSERRAT.—¿Ni refiriéndose a otro..., que suele ser la mejor manera de hablar de uno?

PEPA.—No.

MONSERRAT.—¿Ni con la asiduidad para encontrarte en los sitios adonde tú vas?

PEPA.—No.

MONSERRAT.—Y sin embargo, ¿tú crees que te quiere?

PEPA.—Sí. (*Pausa.*) La certeza de que sí. No hacen falta palabras para estar una mujer bien segura de esas cosas...

MONTSERRAT.—¿Y por qué no se decide?

PEPA.—Tú sabes—como todos—que Gonzalo no tiene una gran posición social. Se gana su vida con holgura, pero todavía dentro de términos muy modestos. Mi padre tiene fama de ganar muchísimo...

MONSERRAT.—¿Y por delicadeza no se atreve a pedirte amores?

PEPA.—Por si alguien pensaba que lo que pedía era dinero.

MONSERRAT.—¡Puede ser!... Puede ser todo. Pero en el siglo actual esos escrúpulos entran ya en la esfera de lo absurdo y de lo inverosímil.

PEPA.—No te lo niego. Absurdo, inverosímil, y con las ideas corrientes de cándido... o de atrasado. Pero lo que tú no sabes es que precisamente por no parecerse nada a los muchachos de hoy, ni en conducta, ni en modales, ni en la conversación siquiera, se fué mi inclinación a él desde el primer momento y prefiriéndolo a todos.

MONSERRAT.—Pues un motivo más para merecerlo.

PEPA.—Es otra clase de hombre... Hoy nos tuteamos todos; él a ninguna.

MONSERRAT.—Es verdad.

PEPA.—Pero como esta situación, con este equívoco, no se puede prolongar indefinidamente, estoy decidida a resolverla cuanto antes.

MONSERRAT *(Riendo.)*—¿Y a declararte tú?

PEPA.—¿Por qué no? Claro que no le voy a decir a boca de jarro: ¡señor Arrazola, le amo a usted!... ¿Pero qué inconveniente hay ni qué diferencia le ves tú, yendo los dos con lealtad, en que sea el hombre o sea la mujer quien inicie la conversación?

MONSERRAT.—Esas son teorías de las novelas de tu padre.

PEPA.—Y mías, para mi vida.

MONSERRAT.—Por algo pensáis igual.

PEPA.—Por algo. Y cuando hay, como ahora, una

circunstancia que sella los labios del hombre, ¿por qué no ha de ir la mujer, con nobleza y con sinceridad, a plantear la cuestión y a resolverla como sea?

MONSERRAT.—Otras consideran preferible aguardar.

PEPA.—No es cierto. El hacerse la encontradiza, buscarse las ocasiones y aguzar el ingenio para ir llevando la plática adonde conviene, que es el procedimiento mujeril en boga..., ¿piensas tú que en el fondo es muy distinto a llevar la conversación desde el primer instante al objeto verdadero y único que a los dos los reune ansiosamente? No, Monserrat, no. Lo distinto aquí no es más que la malicia de una y la lealtad, la honradez visible de la otra.

MONSERRAT.—Lo malo es la vanidad de ellos...

PEPA.—¿Y la nuestra? ¿No la cuentas? Pero cuando se trata de cosas muy grandes, no debe importar el que se pisoteen un poco las menudas.

MONSERRAT.—¿Tanto le quieres?

PEPA.—Tanto.

MONSERRAT.—Pues hazlo.

PEPA.—Hoy mismo.

MONTSERRAT.—Y ojalá que te resulte como yo lo deseo todo para ti.

PEPA *(Abrazándola.)*.—Ya lo sé, Monserrat.

ESCENA IX

DICHOS, DON LUCAS.

GONZALO.—Perdón si interrumpo..., pero es mi turno.

PEPA.—¿Tiene usted mucho interés en este baile? ¿En la materialidad de que bailemos?

GONZALO.—Yo me someto a lo que usted disponga.

PEPA.—Porque estoy rendida...

GONZALO.—Pues en otra ocasión.

PEPA.—No, no. El turno igual para usted; pero sin movernos. A charlar un poco.

GONZALO.—Más grato aún.

MONSERRAT (*Levantándose.*).—Pues charlen. Yo no tengo más remedio que ir al sacrificio, porque mi pareja de ahora no aprendió todavía a hablar y hay que decírselo todo con los pies.

PEPA.—¿Quién?

MONSERRAT.—Ricardito.

GONZALO.—¿Es tonto?

MONSERRAT.—No; tonto, no. Tiene un cuarenta, Hispano.

GONZALO.—¡Ah!...

MONSERRAT.—Pero fuera del *auto* no da chispa. Es hombre que no anda más que con el motor.

PEPA.—Y contigo.

MONSERRAT.—Conmigo..., ¡allá veremos! (*Mutis.*)

ESCENA X

PEPA y GONZALO.

PEPA.—Es una criatura encantadora y que se lo merece todo.

GONZALO.—Lástima que merecer no sea lo mismo que lograr...

PEPA.—Esa es otra tecla. Y algo más difícil de teclear.

GONZALO.—Bastante más. La vida moderna de sociedad se ha hecho hoy tan exageradamente frívola que todos parecemos muñecos por lo insustanciales..., o desentonamos.

PEPA.—No se puede usted acusar mucho de esos defectos, porque no es de los más danzarines ni de los más charlatanes.

GONZALO.—No. Yo soy de los que desentonan.

PEPA.—A veces un poquito grave...

GONZALO.—Demasiado..., ¡lo reconozco! Pero me asa que no sé yo mismo graduar mi conducta. Como o voy jamás a fiestas ni a reuniones, cuando por excepción concurro a una de ellas, me encuentro... deslazado. Materialmente y en espíritu. Quisiera conducirme igual que todos, para no resultarles un ogro..., no acierto a hilvanar ni una sola frase de esas que llos ensartan con tanta espontaneidad.

PEPA.—Con algunos ya se puede hablar de otra maera.

GONZALO.—Exacto. Pero aun con esos pocos influye a ocasión, el sitio... y hasta la demás gente. Yo no me treveria a pronunciar una palabra afectuosa sabiendo ue alguien más la puede oír.

PEPA.—No es usted sólo a tener ese pudor con los ropios sentimientos.

GONZALO.—Hay una cosa que a mí me desconcierta or completo: el que otros miren.

PEPA.—¿Tanto?

GONZALO.—Tanto. Yo no sé cómo se puede decir ríamente lo que nos llega muy al alma. Y la idea de ue en mis ademanes, en mis ojos, en el ansia de atenler..., en toda mi actitud estén leyendo los extraños uanto digo y cuanto pienso... ¡No! Es superior a mis uerzas y prefiero mil veces el callarme.

PEPA.—Pero ese deseo de intimidad y de expansión o lo tendrá usted más que con una persona...

GONZALO.—Con una, claro. Y las demás no cuentan.

PEPA.—¿Las suprime?

GONZALO.—En absoluto. Como si no existieran.

PEPA.—Así es más breve.

GONZALO.—Me figuro que todos harán lo mismo. Con nás disimulo o con menos; pero nadie consagrará muha atención a quien no le importe.

PEPA.—Pues yo sé de alguno que tampoco le dedica gran atención a quien me consta que le interesa.

GONZALO *(Muy despacio.)*.—¿Le consta a usted?... Ya es más raro el caso, pero no es imposible.

PEPA.—Lo peor—para él—es que ha ido a dar con una cabecita testaruda que no se conforma con situaciones ambiguas, y un buen día le ha pescado, poco menos que a la fuerza, para tener una franqueza y exigir... o esperar otra.

GONZALO.—¿Un buen día?

PEPA.—Sí.

GONZALO.—¿Hoy?

PEPA.—Sí.

GONZALO *(Pausa.)*.—¡Bien!... Supongamos que fué buen día, ya que al fin y al cabo era inevitable que llegara.

PEPA.—¿Inevitable?

GONZALO.—Sí.

PEPA.—Esa palabra se aplica más a lo temido, a lo que espanta...

GONZALO.—Sí.

PEPA.—Se engaña usted, Gonzalo.

GONZALO.—No...

PEPA.—¡Lo digo yo que se engaña!

GONZALO.—Usted lo dice..., y mi voluntad y mi alma y las fibras todas de mi cuerpo se estremecen de júbilo al oírlo.

PEPA.—Eso quiero. Yo soy muy leal, mucho, en todo y siempre. Y sólo el hecho de permitir, de buscar yo misma esta explicación con usted, debe demostrarle...

GONZALO *(Interrumpiéndola.)*.—Un momento

PEPA.—... que voy a ella con todo mi buen deseo...

GONZALO.—Un momento...

PEPA.—Y en la confianza absoluta de que usted merece...

GONZALO *(Bruscamente.)*.—¡¡Un momento!!

PEPA *(Sorprendida.)*.—¿Gonzalo?

GONZALO *(Humilde.)*.—Se lo suplico.

PEPA *(Secamente.)*.—Usted sabrá para qué es indispensable.

GONZALO.—Para hablar yo primero. *(Pausa.)* Usted va a tratarme en amigo...

PEPA *(Recelosa.)*.—Sí...

GONZALO.—En amigo predilecto... Y yo no seré merecedor de tanta honra más que apresurándome, anticipándome a confiarle a usted mi vida entera.

PEPA *(Inquieta.)*.—¿Hay en ella algún misterio?

GONZALO *(Sonriendo tristemente.)*.—¿Misterio? No. Pregón... tampoco. Son de las cosas que no hay por qué ocultar, pero que no hay por qué decir a todas horas.

PEPA *(Con ansia progresiva a cada pregunta.)*.—¿Una irreflexión de juventud?

GONZALO.—No...

PEPA.—¿Un error..., un gran error?

GONZALO.—No.

PEPA.—¿Una culpa?

GONZALO.—No. Más sencillo... y más trágico... Una desdicha.

PEPA.—¿Irremediable?

GONZALO.—Sí.

PEPA *(Lanzándose a él y cogiéndole.)*.—¡Gonzalo!

GONZALO *(Apartándola suavemente.)*.—Ha llegado el momento en que ya sería desleal el que usted lo ignorase... ¡Y la voy a decir! ¡No sé cómo! ¡No sé dónde estarán las palabras que expliquen por precisas y no hieran por brutales! ¡No sé! Pero hay que decirlas... ¡Y a eso voy! Perdóneme ya, perdóneme...

PEPA *(Va lentamente a sentarse, cruza una pierna sobre otra, cogiendo la rodilla con las dos manos, y queda mirándole fija.—Una pausa.)*.—Hable... *(Pausa: con angustia.)* Hable...

GONZALO.—Llevo tres años en Madrid. Trabajo... principalmente para buscarme una distracción, que me dejaron fortuna bastante para vivir sin agobios mis padres, los marqueses de Arroyo Velillos.

PEPA *(Sorprendida.)*.—Los marqueses de Arroyo Velillos... ¿Gonzalo?

GONZALO.—Es mi nombre. Y Arrazola el segundo apellido de mi padre. El primero, que va unido al título, no lo quiero usar. ¡Me recuerda demasiadas cosas desagradables... y, si pudiera, hasta de la memoria lo borraría!... Salvo algunos viajes, he pasado mi juventud en Canarias, donde tenemos la casa. He sido... ni mejor ni peor que los demás muchachos solteros, hasta que por razones de familia e incluso por mi propia voluntad indiferente...

PEPA *(Levantándose súbita.)*.—¿Gonzalo?...

GONZALO.—Mis padres me casaron.

PEPA.—¡¡Gonzalo!! *(Una pausa. Pepa vuelve lentamente a sentarse, apoyándose en el respaldo de la silla, y ya no mira más a Gonzalo.)*.

GONZALO.—Vivimos en paz unos cuantos años, ni dichosos ni desgraciados. No tuve jamás una queja contra ella ni creo que ella las tuvo contra mí. De improviso, un día, apareció ante nosotros la Fatalidad..., ¡la absurda, la ciega, la estúpida Fatalidad! Ibamos tranquilamente por Orleáns hacia París... De pronto, el choque, el estrépito horrendo, las maldiciones y los gemidos...

Yo resulté ileso. Un hombro descoyuntado. Nada. Cuando puede—no sé cuándo ni sé cómo—salí del vagón restorán, en donde me quedara fumando un cigarro, dirigiéndome, ya por la vía, al coche de nuestra cabina.

Imposible entrar... ¡ni salir! Otro coche, medio empotrado en lo alto del nuestro, amenazaba con hundirse del todo y aplastarlo.

Ella me veía a mí, yo la veía también perfectamente a ella, pero sin modo humano de acercarme. Y enloquecida de terror, no hacía mas que llamarme desesperada: ¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!..., como si todas sus esperanzas se pusieran en mí..., ¡en la obligación mía de salvarla!

No pudiendo utilizar las puertas ni las ventanillas, procedieron inmediatamente a perforar un tablero; pero el temor a que una sacudida violenta precipitara la catástrofe, les obligaba a trabajar con infinitas precauciones.

Y así una hora. ¡Una hora! Si vivo siglos, si los vivo, seguiré viviendo siempre aquella hora con el mismo horror que entonces... *(Pausa.)*

Un mes estuvo luego entre la Vida y la Muerte. Venció la Vida, pero a medias..., ¡como siempre! La Vida no sabe hacer jamás las cosas bien hechas del todo...

Y fué en vano cuanto se intentó para que recobrara la razón. Especialistas, Sanatorios... Nada sirvió de nada. Y al fin, tuvimos que añadir el dolor más de recluirla...

PEPA.—¿En un Manicomio?...

GONZALO.—¿Dónde si no? (*Pausa.*) Y sin esperanza ninguna. Vivir, sí, mucho tiempo, que de salud general está perfectamente...; pero curarse no, jamás. (*Una pausa.*) Jamás. (*Pausa.*)

No conoce a nadie. ¿Ir a verla? Inútil para ella y un martirio también inútil para mí.

Y solo completamente, se me hizo odiosa la casa, la ciudad, los amigos, mi nombre mismo..., y lo abandoné todo. (*Con tristeza, pero suavemente.*) Los Marqueses de Arroyo Velillos, sin morir ninguno, murieron los dos... (*Pausa.*) Nada más..., pero es bastante. A veces pienso que es mucho ya. (*Pausa. Acercándose algo.*) Perdóneme...

PEPA (*Siempre sin mirarle, pero siguiendo siempre con sus gestos la relación de Gonzalo.*).—Si usted miente, no le podré perdonar jamás..., ¡jamás! Si usted no miente..., ¿de qué le voy a perdonar?

GONZALO.—No sé de qué..., ¡y sin embargo, yo necesito que usted me perdone, que no guarde usted rencor—no contra una mala acción, que nunca la he cometido, ni contra una palabra audaz, que nunca se la dije..., ¡nunca! sino contra... contra la mala suerte, contra la Fatalidad, la absurda, la ciega, la estúpida Fatalidad, que ahora se ha complacido en tomar mi forma y mi presencia para causarle a usted un enojo tan injusto! (*Pausa.*)

PEPA.—No le guardaré rencor, Gonzalo...

GONZALO.—Gracias. (*Pausa.*) Adiós.

PEPA.—Adiós... (*Para no levantarse, se agarra a los brazos del sillón; para no mirar, cierra los ojos.*)

GONZALO (*Marcha lento, en la puerta se vuelve.*).—Adiós...

PEPA.—Adiós, Gonzalo... (*Muy lento, sin mirar ni volver la cabeza, marcha... Todo lo detiene, pero todo le obliga a marchar. Ella, inmóvil, rígida, escucha los pasos del que marcha. Quisiera mirar, pero muchas cosas, respetables, sagradas, la obligan a que no mire...*)

Y mientras a ellos se les cae el alma, va también cayendo lentamente el

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es por la tarde, en abril.

ESCENA PRIMERA

PEPA, MONSERRAT, CHUCHITA, DEMETRIO, AMANCIO y DON LUCAS, tomando el café, después del almuerzo.

PEPA (*Sirviéndoles.*).—¿Mucho azúcar?

LUCAS.—Mucho..., y después poco café.

PEPA.—Jarabe.

LUCAS.—¡Eso!

PEPA.—¿Y tú?

CHUCHITA.—Yo sin azúcar.

LUCAS.—Temperamento viril..., a la moderna. Por cuerpo una caña de pescar, y por alma una fábrica de explosivos.

DEMETRIO.—Quien te oyera, ¿qué diría?

CHUCHITA.—Exageraciones de papá.

LUCAS.—Probablemente.

PEPA.—¿Cognac, Don Lucas?

LUCAS.—No, no. Eso es muy fuerte para hombres. A Chuchita, a Chuchita.

CHUCHITA.—Un poco.

PEPA.—¿Y tú?

AMANCIO.—Mont no bebe.

CHUCHITA.—Una copita un día no tiene nada de particular.

AMANCIO.—Absolutamente nada. Pero si a ella le da lo mismo, yo prefiero que las muchachas no beban.

MONSERRAT.—Lo mismo. *(A Pepa.)* No.

LUCAS.—¡La gran vida! Buen almuerzo, buen café, buen cigarro y buenos amigos.

PEPA.—Los amigos lo último.

LUCAS.—Iba en escala ascendente.

PEPA *(Inclinándose.)*.—Entonces...

DEMETRIO.—¿Y esos noviazgos?

CHUCHITA.—Mal. Por el invierno hubo alguna cosilla con un muchacho muy simpático, italiano..., ¡pero no le entendía bien..., y nos separamos! Después se acercó otro chico, español..., ¡pero a ese le entendí demasiado..., y hubo que separarle!

DEMETRIO *(Riendo.)*.—¡Válgame Dios!

CHUCHITA.—Habrá que esperar por un término medio.

LUCAS.—Esto del matrimonio es un problema para todos los padres. ¡Y para mí una ecuación con siete incógnitas!

DEMETRIO.—¿Siete?

LUCAS.—Sí. Las siete niñas. Hay que vestirlas regularmente, hay que pasearlas, han de ir a las diversiones..., ¡vamos, exhibirlas!; que ya se acabaron los tiempos aquellos en que se decía: el buen paño en el arca se vende. Y ahora el matrimonio, como el turismo, necesita mucha propaganda.

DEMETRIO.—Un poco de verdad es...

LUCAS.—¡Muchísimo! Con decirte que alguna vez he pensado en hacer prospectos anunciando la niñas...

PEPA *(Riendo.)*.—¡Don Lucas!






Esperanza Ortiz, José Isbert, Salvador Soler-Mary y Federico Gonzálvez, notables actores de Lara, que han contribuído, con su arte depurado, al gran éxito de *LA ULTIMA NOVELA*



Hortensia Gelabert y Emilio Thuiller, protagonistas de ***LA ULTIMA NOVELA*****,**
en la escena final del tercer acto, donde ha culminado su arte.

LUCAS.—Tú te ríes porque eres sola, rica, y en vuestra casa no es conflicto de urgencia...; ¿pero en la mía? ¡Pavoroso, Demetrio, pavoroso!

CHUCHITA.—Da gusto oír hablar de las hijas a los papás. Si pudieran, nos rifarían...

LUCAS.—Es fácil echarlo a broma, pero el porvenir vuestro me da muchas horas de insomnio. ¿El porvenir? Y el presente, que es una serie de complicaciones absurdas. No hablemos ya de los céntimos... ¡que eso es fantástico! porque como no te dicen nunca: hace falta un vestido..., sino que te largan de golpe y porrazo la andanada: ¡necesitan siete vestidos, siete sombreros, catorce pares de medias, cuatrocientos pares de pañuelos...! ¡Un espanto! La primera impresión es que te ha caído encima un almacén..., y la segunda es proyectar un escalo en el Banco Hispano Americano.

PEPA.—Las dos son muy razonables.

LUCAS.—Pero sin hablar de cataclismos. El salir de paseo, por ejemplo. ¿Quieres nada más sencillo que salir de paseo a la Castellana o al Retiro? Bueno, pues en casa levanta vientos de fronda, peleas, riñas, lloreras...

DEMETRIO.—¡Caramba, cómo sois!

CHUCHITA.—No cómo sois, sino ¡cuántos sois!

LUCAS.—Ahí es donde duele, Demetrio, No pueden salir las siete juntas..., ¡eso lo saben perfectamente los Agentes de Bolsa! ¡Es una temeridad lanzar al mercado tanto papel de una vez! ¡Se produce la baja en el acto!

MONSERRAT.—¿Salís por sorteo?

CHUCHITA.—Y por intrigas.

LUCAS.—Segundo aspecto trágico. No pueden salir con la madre.

AMANCIO.—¿Está malucha?

LUCAS.—No, magnífica. Pero las hijas se le pare-

cen todas de un modo extraordinario... ¡su vivo retrato!

AMANCIO.—Bueno..., ¿y qué?

LUCAS.—Cómo ¿y qué? Aunque ahora gusten mucho, ¿dónde está el valiente que se enamore de una de ellas, poniéndole ya ante los ojos la imagen exacta de lo que ha de ser dentro de unos años? Y como primera providencia hubo que escamotear de la vista pública a la pobre señora. Cuando las niñas van al Retiro, a la mamá la mandamos a la Moncloa lo más cerca.

DEMETRIO. En casa no hay ese riesgo..., ¡pero ojalá lo hubiera! Por mucho afán que haya puesto—y mucho puse—en inspirarle confianza a esta chiquilla, no es jamás un hombre y un padre el confidente.

PEPA.—Tú lo eres mío.

DEMETRIO.—No. La ley natural reserva para las madres esa misión. Y a veces me queda el escozor de si no habré sabido, a pesar de todos mis esfuerzos, llegarte lo bastante al corazón para que te fíes siempre de mí por completo.

PEPA.—Siempre.

DEMETRIO.—¡Ojalá!

CHUCHITA.—Claro que las bobadas no se le cuentan más que a una madre. Los padres dan ustedes más respeto...

AMANCIO.—Y sin embargo, de las bobadas es de donde se deducen mejor—y, sobre todo, más a tiempo—vuestras inclinaciones y vuestro carácter.

DEMETRIO. En lo pequeño, somos nosotros mismos naturales, espontáneos; en lo grande, sin querer, ya vamos imbuídos y falseados por la grandeza misma de lo que nos ocurre..., no somos nosotros, sino la situación, el momento, que nos envuelve y nos arrastra. (*Pausa.*) Y el miedo de uno es precisamente que os encontréis de pronto en lo grande, en lo arro-

llador..., ¡cuando tan fácil nos hubiera sido el deténeros y el guiaros al ir marchando aún por lo pequeño!

AMANCIO.—Eso no lo quieren saber. Y cuando lo saben, no lo quieren confesar.

DEMETRIO.—¡Lo que yo habría dado para que aquella pobrecita—tu madre—viviera todavía! Por mí, por el cariño que nos teníamos, por que hubiera disfrutado—después de tanta miseria—de las infinitas comodidades que hoy gozamos... ¡y que para ella no supe hacer más que soñarlas...! (*Pausa.*) Por nosotros dos, claro es, pero también por ti, por que tuvieras un amparo, una compañera, una amiga como ninguna, que si tu madre viviese sería hoy para ti... (*Demetrio se interrumpe, porque Pepa, bruscamente, da media vuelta y mutis por foro.*)

ESCENA II

DICHOS, menos PEPA.

(*Una pausa.*)

DEMETRIO.—No me explico...

AMANCIO.—El recuerdo que has evocado.

DEMETRIO.—Si apenas la conoció.

LUCAS.—No importa.

DEMETRIO.—Y hemos hablado de ella muchísimas veces sin que se conmoviera de ese modo.

LUCAS.—Tendrá hoy los nervios más excitados.

DEMETRIO.—Hace ya tiempo que no está en su perfecto equilibrio. No habla apenas, no quiere salir de casa..., no es la misma de antes.

LUCAS.—Pues sobra para explicarlo. Una nerviosidad por cualquier causa, añadiste el recuerdo... y estalló.

DEMETRIO.—No es eso.

LUCAS.—¿Pues qué ha de ser?

DEMETRIO.—No es eso, no. Es que ahora la echa de menos; ¡no sé por qué! pero ahora echa de menos a su madre, ¡le hace falta, la necesita!

LUCAS.—Te tiene a ti.

DEMETRIO.—Yo no le basto. No le debo bastar. (*Pausa. Demetrio se levanta.*)

AMANCIO.—Déjala ahora. Id vosotras. Con ellas se franqueará más... o llorará más. Cualquiera de las dos cosas le servirá mejor de momento.

MONSERRAT.—¿Vendrás a buscarme?

AMANCIO.—Anochecido.

MONSERRAT.—Bien. (*Mutis Monserrat y Chuchita.*)

ESCENA III

DEMETRIO, AMANCIO y LUCAS.

DEMETRIO.—Qué difíciles son de comprender...

LUCAS.—¡Bastante!

DEMETRIO.—Pero nosotros tenemos la culpa por no ser jamás leales con ellas. No saben a quién pueden confiarse ni saben siquiera de lo que se deben guardar.

LUCAS.—Ni ellas ni nosotros. Con el mismo pecado ¿quién peca más? ¿La soltera o la casada?

AMANCIO.—La soltera.

DEMETRIO.—La casada.

LUCAS.—¿Lo veis? Ni nosotros lo sabemos.

DEMETRIO.—Para mí no ofrece duda ninguna: la casada. Hace daño, además, al marido y a los hijos mientras que la soltera no se perjudica más que a ella sola.

AMANCIO.—Y sin embargo, el mundo lo juzga al revés.

DEMETRIO.—Tú lo dices. ¡Al revés! Implacable con una falta de juventud—y casi siempre de ignorancia—, las vitupera y las arroja de sí como apestadas. Y en cambio, la sociedad se encoge de hombros, sonriéndose burlonamente, cuando le cuentan el desliz de una casada.

LUCAS.—Donde debían mostrarse más severos.

DEMETRIO.—Es un fenómeno curioso de desviación..., de polarización—como dicen en Física cuando una corriente eléctrica pierde repentinamente su intensidad o un rayo luminoso es incapaz de reflejarse en determinadas direcciones—. Hablas de una cosa y te escuchan pensando en otra. Hablas indignado de la mujer..., y les hace mucha gracia el acordarse en aquel momento del marido.

LUCAS.—A las mujeres les hace gracia, sí. A nosotros no tanta.

DEMETRIO.—Y con ese procedimiento ya estamos de hoz y de coz en pleno absurdo. La falta menor no logra perdón nunca, y la más grave se absolvió con una sonrisita.

LUCAS (*Riendo.*).—Se polariza.

DEMETRIO.—Exactamente. El infeliz marido—cuando es infeliz...—sirve de pararrayos.

LUCAS.—No hace mucho que suscitaron en casa esta misma conversación, y una de las niñas me preguntó—¡bueno, las niñas hacen unas preguntas, que no basta el Areópago para contestarlas...!—¿que por qué era eso? ¿por qué había de ser más imperdonable el error de una chiquilla que el error de una mujer?

DEMETRIO.—¿Y tú?

LUCAS.—¿Yo? Yo les hice un discurso..., que es la única manera de contestar... cuando no se puede contestar. ¡Es bonita comisión la de instruir a unas muchachas casaderas de que, ante Dios, todas la faldas son iguales; pero ante el mundo no tienen la mis-

ma sanción ni la misma severidad, cuando se cometen con un editor responsable.

DEMETRIO.—Se ha hecho el distingo injusto y odioso de que la soltera peca para todos y la casada no peca más que para el marido. ¡Y él verá! El verá si mata, si no se entera... o si lo cotiza.

LUCAS.—Desgraciadamente, esa es la verdad. Y comprenderás que esa verdad no la puedo decir yo en mi casa, imbuyéndoles la idea capciosa y censurable de que se arregló todo sabiéndoselas arreglar con uno solo.

AMANCIO.—¡Claro que no!

LUCAS.—Lástima que no hayáis oído mi discurso. Hablé por los codos... del Canal de la Mancha, de la Revolución Francesa, del Parque de María Luisa, de la Radio..., de todo, menos de lo que me preguntaban.

DEMETRIO.—Te escabulliste...

AMANCIO.—E hizo bien. Hay que llevar una prudencia extremada en lo que se dice, porque nuestras palabras, por lo mismo que tenemos un poco de autoridad, producen un efecto enorme en los hijos. No a todas horas, claro es, que a veces nos oyen como quien oye llover..., pero otras escuchan, discurren y aplican a su conveniencia una observación que tú has hecho refiriéndote a cosas muy lejanas de ellos.

DEMETRIO.—Ya lo sé, Amancio.

AMANCIO.—Esa es la gran dificultad con ellos: saber lo que se les puede decir... y adivinar, atisbar de qué modo han de entender lo que se les diga.

DEMETRIO.—Es verdad. El gran peligro no está en lo que se dice, sino en como lo interpretan.

LUCAS.—Por eso yo, queriéndote y admirándote, he tenido pavor siempre a que tus novelas cayeran en manos de mis chicas.

DEMETRIO.—¡Lucas!

LUCAS.—Dices conceptos hermosísimos... pero das

consejos arriesgados. Para quien tenga discernimiento no hay peligro ninguno; para quien tenga su espíritu en evolución todavía, puede ser una mala semilla la que tú siembras.

DEMETRIO (*Riéndose.*)—¡Qué disparate! ¿Quién va a sacar por libro de texto una novela? ¡Como no sea un chiflado!

LUCAS.—O un crédulo. ¿No los hay?

DEMETRIO.—Sí...

AMANCIO.—Pues uno de esos. En asuntos tan quebradizos siempre es discreto decirse: guarda, Pablo, que es podenco. Guarda, Demetrio, que es mujer y el aliento empaña esos cristales.

DEMETRIO.—Bien guardada está.

AMANCIO.—Mejor.

DEMETRIO.—Yo no seré Santo... pero mi casa es arca santa.

AMANCIO.—Mejor, mejor.

LUCAS.—Mientras filosofáis yo voy a mis obligaciones. A encerrar a Chuchita y a sacar de paseo las que estén de turno. ¡¡Hala, hala!! Toda la tarde... ¡Si me pagaran por kilómetros sería yo el *taxi* de más negocio de Madrid!

AMANCIO.—Salud, hombre.

LUCAS.—Pero no me pagan. Una de las muchas injuticias que comete la humanidad con los respetables padres de familia. (*Mutis por foro.*)

ESCENA IV

DEMETRIO y AMANCIO.

AMANCIO.—Este si que tiene problema sobre sus costillas...

DEMETRIO.—¿Y qué no será problema en este mundo? Lo más sencillo, lo más natural... lo desvías, lo

sacas de su cauce, y ya todo lo que sigue es un absurdo y una aberración.

AMANCIO.—Cierto, sí.

DEMETRIO.—Por eso, cuando me preguntan si algo es bueno o es malo, contesto siempre encogiéndome de hombros: según como usted lo entienda..., según como usted lo aplique... y según como sea el momento de aplicarlo.

AMANCIO.—Todo es según...

DEMETRIO.—Tanto, que no sé de nada malo que no pueda ser bueno en determinadas circunstancias, ni de nada bueno que, a veces, no sea dañino y cruel... y también infame.

AMANCIO.—Exacto.

DEMETRIO.—Hasta en lo que se ve *con los ojos* puede que haya razón para que alguien diga: ¡qué hermoso, qué admirable...!, y otro diga: qué admirable, sí, ¡qué admirable canallada están haciendo!

AMANCIO.—Conclusión...

DEMETRIO.—Conclusión. Aguarda siempre un poco para saber si tratas con caballeros o con bandidos..., pues desde que a los hombres no los marcan ya con fuego, ni a las mujeres las obligan a usar las faldas con picos pardos, se aumentaron mucho más las confusiones..

AMANCIO.—Algunas ya no me preocupan, y de otras es inútil preocuparse. Mi conciencia tranquila; mi voluntad dispuesta siempre a lo mejor y a lo más honrado; mi pasito de andadura para caminar..., y Dios dirá. Como pedían nuestros antepasados: "mi olla, mi misa y mi doña Luisa".

DEMETRIO.—Ahora hay que pedir además discos de gramófono...

AMANCIO.—Pues también se piden. Hasta luego, ¿eh?

DEMETRIO *(Acompañándole.)*.—Dentro de unos días te mandaré mi nueva novela *El Amor Verdad.*

AMANCIO.—Bueno... pero dudo que tú hayas encontrado la verdad en eso.

DEMETRIO.—¿Quién sabe? *(Mutis los dos por foro.)*

ESCENA V

PEPA y MONSERRAT, por derecha.

PEPA.—¿Por qué no quieres que demos un paseo? Llevas un mes sin salir de casa. Desde el día de tu Santo, que empezó con tantas bromas... y acabó con tantas lágrimas.

PEPA.—Cosas...

MONSERRAT.—Pero que a nadie has querido confiarlas. El tío Demetrio anda preocupado con tus cavilaciones, y ya me preguntó varias veces si sabía el motivo. Le respondo que no... porque tus razones tendrás para reservarte con tu padre, habiendo sido, hasta ahora, tan comunicativa siempre.

PEPA.—Es que aun no puedo hablarle con la seguridad que necesito. Y no porque dude de él ni de su respuesta, sino porque dudo de mí... y de algo más.

MONSERRAT.—Conmigo no juegues a las adivinanzas porque estoy tan enterada como tú.

PEPA.—¿Tanto?

MONSERRAT.—Echa cuentas. Todos los días da la casualidad de que me encuentro a un señor que antes no salía nunca de su despacho... y ahora despacha en la calle; antes no se le ocurrió jamás acompañarme... y ahora me da convoy todas las tardes un ratito. Y ese señor... ¿te digo el nombre?

PEPA *(Sonriendo.)*—No...

MONSERRAT.—Que ahora figura en la Guía Oficial de chismes y habladurías—como aspirante a mi blanca mano—causándome un perjuicio notorio y por el que

te pienso pedir una buena indemnización; que la cajita de bombones que me da a diario no compensa los novios que espanta.

Pepa.—Lo creo.

Monserrat.—Pues ese, el que no se atrevía ni a mirarte, como si el amor suyo debiera ser un misterio para todos, incluso para ti, ahora lo pregona a los cuatro vientos, y desde que me saluda hasta que se despide no hace más que contarme su cariño inmenso por ti, y la precisión absoluta que tiene de hablarte un día, de hablarte, ¡de hablarte! Te lo digo tres veces para que te formes idea de las trescientas que él lo repite.

Pepa.—No es mucho...

Monserrat.—Además, me debe creer tonta del todo, porque si no ya comprendería que con diez o doce veces que me lo repitiera cada tarde bastaba para que yo entendiese que desea hablar contigo. ¡Pues no, trescientas!

Pepa.—¿Y por qué no hemos de hablar?

Monserrat.—¡Tan dificultoso como se lo esperaba! ¿A que soy una gran diplomática? Pues cuando quieras salimos juntas... y me comeré los bombones para distraerme.

Pepa.—No es menester. Aquí mismo.

Monserrat.—¿Aquí?

Pepa.—Nada hice a escondidas jamás. Si se encuentra con mi padre ¡bien!, y si no se encuentra, yo le diré que estuvo.

Monserrat.—Entonces vamos sobre ruedas. ¿Cuándo? ¿Ahora? Comprenderás que, al saber que venía a tu casa, su finura no le ha permitido dejarme a mitad de camino... y, por si acaso salíamos juntas, ya está de plantón en el *bar* de ahí enfrente. ¡Como un cadete! ¿Le hago seña?

Pepa.—Hazla. No han estado nunca cerradas las puertas para él.

MONSERRAT.—¡Mejor! (*Va a la ventana, hace la seña y vuelve.)*

PEPA.—De estarlo, ni de este modo ni de otro le hablaría.

MONSERRAT.—Ya sé como eres, ya.

PEPA.—Como me enseñaron a ser: leal siempre.

MONSERRAT.—Pues la verdad. ¿Le quieres?

PEPA.—Sí. ¡Enormemente, profundamente! Por lo mismo que no soy ya una chiquilla y que no he tenido ni un solo noviazgo, reservándome íntegra para el hombre que me llevara, cuando vino el amor, vino con ansias mortales de adorar.

MONSERRAT.—¡Eso es magnífico! No es mi sistema, porque yo soy menos volcánica, y como tuve la precaución de irlo distribuyendo entre varios, les tocó el amor a poquito a cada uno.

PEPA.—Yo, a uno solo.

MONSERRAT.—Es caso de felicitarle... y a ti, porque él se expresa en igual tono de adoración.

PEPA. Así ha de ser para que sea.

MONSERRAT.—Pues a casarse cuanto antes.

PEPA.—Casarse, no...

MONSERRAT.—¿Qué dices?

PEPA.—Gonzalo no está libre...

MONSERRAT.—¿Y te busca? (*Levantándose airada.)* ¡Ay, qué canalla!

PEPA (*Levantándose enfurecida.)*.—¡No, no es canalla!

MONSERRAT.—¡Por los cuatro costados! ¡Y si tiene más, por más también!

PEPA.—No, ¡te engañas! ¡Es un perfecto caballero!

MONSERRAT.—¡Lo será para otros! Para mí, es un perfectísimo canalla y le volveré la espalda el primer día que tenga la desfachatez de aproximarse.

PEPA (*Brava.*).—¡Si lo haces, aquí ha terminado nuestra amistad y nuestro afecto!

MONSERRAT *(Sorprendida y acongojada.)*—¡Pepa, por Dios! ¡Tú no estás en tu juicio!

PEPA.—¿Por qué?

MONSERRAT.—¿Hay que explicártelo?

PEPA.—¿Porque tengo más grandeza de alma que vosotras? ¿porque no me arredra el espantajo pueril de una fórmula más o menos ni me inspira miedo ninguno el comadreo de las vecinas?

MONSERRAT.—Bien lejos estoy yo de la gazmoñería, pero de saltar por todo aun estoy también muy lejos.

PEPA.—Lo único indispensable es la rectitud de nuestros propósitos.

MONSERRAT.—No deben estar muy arraigados cuando tú misma vacilabas.

PEPA.—¿En la conducta a seguir? Ni un minuto. En lo que he tardado únicamente es en adquirir el convencimiento de que ese hombre lo merece y de que está dispuesto, como yo, a todas las consecuencias de este paso.

MONSERRAT.—¿El? ¡Ya lo creo! Y lo que dure, duró.

PEPA.—¡Toda la vida!

MONSERRAT.—¡¡Ay Pepa, Pepa!!

PEPA.—Sólo así podremos ir noblemente a ser felices.

MONSERRAT.—¡Pero discurre, Pepa, discurre! ¿Cómo has de ir noblemente a nada si empiezas por el sonrojo de tener que escaparte de tu casa?

PEPA.—¿Quién habla de eso?

MONSERRAT.—¿Quién habla de eso?

PEPA.—Sí. ¿Quién?

MONSERRAT.—¿Es que tu padre va a consentir semejante indignidad?

PEPA.—¡Si lo fuera, claro que no! Ni él consentirla ni yo desearla.

MONSERRAT.—¿Y no lo es?

PEPA.—¡No! Si dudara—dudar nada más—me quemaría los labios ante que decir una palabra; pero sé muy bien cómo piensa, cómo me enseñó a pensar él a mí, y tengo el convencimiento absoluto de que ahora no discutiremos juntos sino lo mismo que he discutido yo sola: si Gonzalo lo merece o no.

MONSERRAT.—Ay, Pepa...

PEPA.—Y como lo merece, se hará.

MONSERRAT.—¡No lo creo!

PEPA.—¿Por qué?

MONSERRAT.—Porque... ¡porque no lo creo! No sé decirte más, que no tengo sabiduría y se me acaban las razones; pero con algunas ideas me pasa lo que con algunos bichos...: ¡que me dan asco! Me preguntan por qué y no me desenvuelvo a explicarlo. Es de impresión... de instinto. Y el que tú puedas ir a tu padre con esa embajada, y él te escuche, y lo discutáis los dos... quizás sí, quizás sea posible, ¡pero a mí me da asco, Pepa, me da asco por los dos!

PEPA.—¿No admites que la gente piense de más modo que del tuyo?

MONSERRAT.—Sí, lo que tú quieras, sí. Pero te pido un favor, *Pepiña*...

PEPA.—¿Cuál?

MONSERRAT.—¡Que no recibas ahora a ese hombre!

PEPA.—¿A Gonzalo?

MONSERRAT.—A Gonzalo, sí. Mañana... otro día... cuando lo hayas meditado mejor... ¡pero ahora no, Pepa, ahora no!

PEPA.—¿Qué más da?

MONSERRAT.—Pues si es lo mismo, hazlo por mí. (*Cogiéndola con ansia.*) No lo recibas, Pepa, no lo recibas. ¡Por Dios, no lo recibas!

ESCENA VI

DICHOS. GONZALO, por foro.

PEPA.—Gonzalo...

MONSERRAT *(Espantada.)*—¡Gonzalo...! *(Pausa.)*

GONZALO.—Gracias, Monserrat.

MONSERRAT *(Secamente.)*.—Le juro a usted que a mí no tiene por qué dármelas.

GONZALO.—¿Se tornó ahora en enemiga? ¿Por qué, Monserrat?

MONSERRAT.—Porque ahora he sabido. ¿Es buena razón?

GONZALO.—Sí...

MONSERRAT.—Pues basta, y sobra para siempre.

PEPA.—¡¡Monserrat!! *(Monserrat la mira un momento, baja la cabeza y, lentamente, mutis por izquierda.)*

ESCENA VII

PEPA y GONZALO.

GONZALO.—Todos tienen razón contra mí, todos; pero bien quisiera que uno, uno al menos, me dijese además qué culpa tengo.

PEPA.—No la sabrán...

GONZALO.—Y es más breve no buscarla.

PEPA.—Más breve. *(Pausa.)* Siéntese, Gonzalo.

GONZALO *(Sentándose apartado.)*.—No se ofenda usted por la insistencia mía, pero era indispensable—¡para mí!—, indispensable y forzoso el hablar un momento con usted.

PEPA.—Ya ha llegado.

GONZALO.—Hubiera sido desconsolador el no tener jamás otro recuerdo que el de aquella conversación en

que hablé únicamente de lo que no valía la pena: de mí.

Pepa.—Fué un deber.

Gonzalo.—Lo fué... y lo cumplí sin vacilación ninguna. Pero desde entonces no puedo menos de pensar en lo torpe que he sido, no aguardando un minuto para habèr escuchado primero las divinas palabras de usted que ya empezaban. Y este es mi único afán. ¡Quiero decir... lo que no dije; quiero oír lo que no me dijeron! Y después... ¡después, que usted se olvide hasta de que yo existo!

Pepa.—No es echando más leña como se apaga el fuego...

Gonzalo.—También. El quemarlo todo cuanto antes es un modo como otro cualquiera de acabar más pronto.

Pepa.—Será...

Gonzalo.—Mientras dependió de mí exclusivamente, era mi obligación de caballero no turbar el alma serena de usted con una palabra ni con un gesto. *(Pausa.)* Si, a despecho mío, hablaron mis ojos alguna vez... no hablaron, me vendieron.

Pepa.—Puede ser... Donde hay una pasión, ya quiso Dios que hubiera siempre un Judas.

Gonzalo.—Aquí soy yo mismo el traidor. Un traidor que se portó lealmente y que cortará, por fin, esta quimérica aventura con una lealtad más... pero la suerte ha querido colocarme en tales circunstancias, que cuanto más grande, más verdadero y más puro es mi cariño, ¡más grande les parece a todos mi traición!

Pepa.—Burlas de la suerte...

Gonzalo.—¡Burlas! Usted y yo nos encontramos antes... ¡y somos dichosos! Nos encontramos ahora... ¡y somos desdichados! Y es que la felicidad y la honra no dependen de nuestro amor ni de nuestra honradez, sino de la hora—de la bendita hora... o de la maldita hora—en que los dos nos encontramos frente a frente por el mundo. Unos minutos antes—en el tiempo los

años son minutos— y nuestro cariño es una bendición; unos minutos después, y el mismo amor, ¡el mismo!, es ya culpa, es infamia, es pecado.

PEPA.—Cuando lo sea.

GONZALO.—¡No, no! cuando se lo llamen ...¡que tenemos un miedo a lo que hacemos y cien miedos al nombre que le ponen!

PEPA.—Pues debe ser al contrario.

GONZALO.—Si lo fuera... ¡si lo fuera no habría obstáculos entre nosotros! Y hay montañas, Pepa. ¡Montañas! (*Pausa.*) ¿Y por qué las hay? No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Yo estoy ligado a otra persona. Es verdad. Pero mi razón se revuelve airada contra esa ligadura. ¿Yo quise unirme para siempre? ¡Pues muy justo que para siempre esté unido a esa mujer...! ¡pero mientras sea mujer, mientras sea persona, no cuando es, como ahora esa desventurada, un alma ausente de un cuerpo que se ha convertido en una cosa!

PEPA (*A media voz.*).—Pobre mujer...

GONZALO.—Corporalmente, ha de seguir a perpetuidad aprisionada: no cabe unión corporal. Su espíritu se ha desvanecido en las sombras de una noche horrenda: no cabe comunión de espíritu. Aunque sigan diciendo que es mi mujer... sin cuerpo y sin alma ¿qué es para mí esa mujer? Claro que yo tendré para ella, eternamente, la razón de piedad y del legítimo dolor por la muerta que aun vive...; pero fuera de eso, ¿no sería locura también el creerme sujeto y amarrado para siempre a esa locura? ¡No! Me creo libre, perfectamente libre, y no hago daño a nadie ni a nada, porque mi vida quiera continuar el rumbo natural que hay en la vida.

PEPA.—Es verdad. Su conciencia no podrá acusarle nunca.

GONZALO.—Ella, de nada. Los demás, ¿de qué?

PEPA.—De nada tampoco.

GONZALO.—Pero aquí vuelve la suerte a hacerme su mueca burlona y a reírse de mí un poco más. Soy libre... y no me sirve la libertad. No me gustaron nunca, ni de muchacho, los amoríos volanderos, y para el otro, para el amor constante, para la unión definitiva con una mujer honrada y que merezca consagrarle toda la existencia, habrá siempre el muro infranqueable de esa misma honradez, y de los prejuicios, tan naturales y tan lógicos, de ella y de los suyos. Ya lo sé. Para vivir bien por el mundo hay que vivir como todo el mundo.

PEPA.—¿Usted no busca en amor más que lo eterno?

GONZALO.—Nada más.

PEPA.—¿Y si algún día desapareciera...?

GONZALO.—Arriesgan lo bastante los dos para importarles mucho que no se nuble jamás, y si se nubla para sustituirlo inmediatamente con una gran cordialidad y una gran indulgencia.

PEPA.—Es decir, eterno... en lo humano.

GONZALO.—Eterno.

PEPA.—Y esa mujer... ¿sería como su propia mujer?

GONZALO.—¿Es posible más?

PEPA.—No.

GONZALO.—Pues tanto. *(Pausa.)*

PEPA *(Levantándose.)*.—¿Qué es lo que estima usted más? ¿Lo que respeta más?

GONZALO.—En la tierra, mi palabra de honor. Fuera de ella, la santa memoria de mi madre. *(Pausa.)*

PEPA.—¿Sería como su propia mujer?

GONZALO.—Como mi propia mujer.

PEPA.—¿Siempre?

GONZALO.—Siempre.

PEPA.—¿Su palabra?

GONZALO.—Mi palabra.

PEPA.—¿Y por su madre?

GONZALO.—Por mi madre. *(Pausa.)*

PEPA.—Le ruego a usted que haga el favor de volver un poco más tarde.

GONZALO.—¿ Volver ?

PEPA.—Sí.

GONZALO.—¿Es una esperanza?

PEPA.—No lo sé yo misma todavía.

GONZALO.—Si lo es..., ¡por pequeña, por ínfima, por remota que sea, queda mi voluntad obligada para besar donde usted pise! Pero aun tan pequeña y tan lejana..., no se la acepto. No podría realizarse más que en desdoro de usted..., ¡y a eso me niego yo, me niego!

PEPA *(Suavemente.)*.—Así no pensaría yo en ella...

GONZALO.—Ya sé que es un absurdo, que es ridículo que sea el hombre quien ponga la menor dificultad para una satisfacción tan codiciada... ¡Ridículo, sí! Pero óigame usted por primera y última vez. La quiero apasionadamente, más que a todo, más que a la vida, más que a mi propia felicidad...

PEPA.—Gonzalo...

GONZALO.—Más, mucho más que a todo. Pero menos, infinitamente menos que a su buen nombre y a su reputación de usted.

PEPA.—Eso es querer bien...

GONZALO.—Y esta es mi línea de conducta, trazada fríamente e irrevocablemente. El bien de usted antes que el mío. *(Acercándose poco a poco.)* ¡Sí, eso!... *(Balbuceando: le tiembla la voz como le tiemblan las manos, extendidas hacia ella.)* Pero ha de ser marchándome... Ha de ser a distancia... Ha de ser no viéndola con los ojos y no envolviéndome de pies a cabeza tan próxima, tan cercana, ¡tan posible!, la sugestión avasalladora de su alma y de su cuerpo. ¡No! Así no soy leal, así no soy caballero... ¡Así no soy ya más que hombre! *(La abraza amoroso.)*

PEPA *(Dejándose.)*.—Gonzalo...

GONZALO.—Mundo, respetos, conveniencias... ¡Todo

es verdad, todo; pero han de ser lejos de ti! Cerca, la verdad eres tú sola, y lo demás, ¡mentira todo, mentira!

PEPA *(Apartándole suavemente.)*.—Déjame, Gonzalo, déjame...

GONZALO.—Perdón, perdón...

(Pausa.)

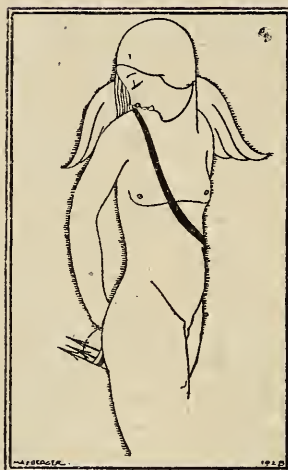
PEPA.—Vuelve. Es preciso.

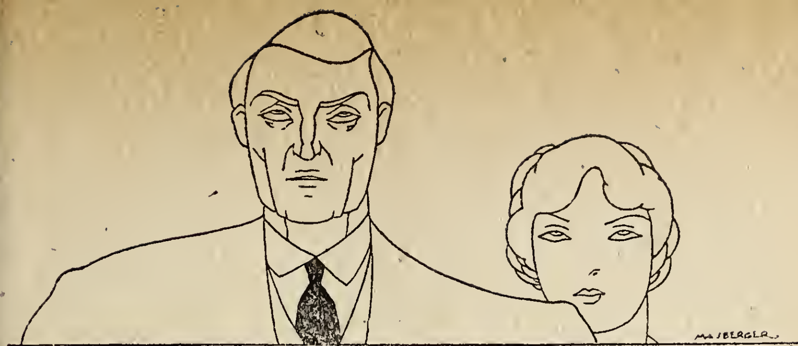
GONZALO *(La mira intensamente; después, pausado, para dar firmeza a las palabras; pero sin entonar ni declamar.)*.—Volveré. Y lo que tú resuelvas... ¡para toda la vida! ¡Por mi honor..., por mi madre..., por mi salvación! *(Se inclina, y mutis.)*

(Pepa, inmóvil, absorta, pero risueña. La esperanza se hace realidad.)

TELON







ACTO TERCERO

La misma decoración. Es en el mismo día e inmediatamente después del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

PEPA, inmóvil en el mismo sitio y en la misma actitud que al terminar el acto. Una pausa. Luego, por lateral, PACA.

PACA.—Señorita..., la señorita Matilde dice por teléfono que vendrá a pasar la tarde con usted, si es que no sale.

PEPA.—Contéstale que salimos.

PACA.—Me alegro bien; que lleva las semanas encerrada, y eso no puede ser bueno para la salud. ¡No sabe con qué gusto le voy a preparar el traje!

PEPA.—No, no.

PACA.—¿Es que no va a salir tampoco?

PEPA.—Ya lo escogeré yo.

PACA.—Bueno... ¿De todas maneras le telefoneo a la señorita Matilde que no venga?

PEPA.—Sí.

PACA.—Bueno... *(Mutis.)*

PEPA va a sentarse y queda abstraída, pero con el gesto plácido. Luego, por foro, DON LUCAS.

LUCAS.—Buenas tardes.

PEPA.—¿Don Lucas? Le creía de paseo con las chicas.

LUCAS.—A eso fuí.

PEPA.—¿Pasa algo?

LUCAS.—No. No... y sí. Un notición... ¡que me hizo brincar!

PEPA.—Y venir.

LUCAS.—Eso..., y venir.

PEPA.—¿Entonces se refiere a nosotros?

LUCAS.—Sí. Sí... y no. Es una relación muy problemática todavía, pero lo bastante para que me intranquilizara por el grandísimo afecto que os tenemos.

PEPA.—Y al que se corresponde.

LUCAS.—Ya lo sé. Aunque he venido echando los bofes...—mi taxi *(Señalando a las piernas.)* se puso en la grande—y además muy preocupado, no me sorprendería que con el notición soltases el trapo a reír.

PEPA *(Riendo.)*.—¡No es muy grave!

LUCAS.—No. No... y sí. Ya veremos.

PEPA.—Pues dígalo.

LUCAS.—Si no te parece más que una crifladura mía..., mejor. Y la dispensas por la buena intención.

PEPA.—Esa, descartada siempre con usted.

LUCAS.—Tú eres un poco como mi octava chica—¡la octava maravilla de don Lucas Pastorfido!—, y miro por ti con el mismo afán meticuloso que por las otras.

PEPA *(Haciéndole una caricia.)*.—Ya lo sé.

LUCAS.—Colocado en ese plano, no te puede chocar que yo sea un poco entremetido en tus asuntos.

PEPA.—No, señor. Pero diga, diga.

LUCAS.—Allá voy. Me pareció notar—sin fundamento serio y por malicias que prodigamos los vejestorios—que ese Gonzalo Arrazola te anda algo a la ronda.

PEPA.—Puede ser...

LUCAS.—Como es muy simpático y os he oído hablar muchas veces con gran elogio suyo, tampoco resultaría inverosímil—sigue la malicia mía, ¿eh?—que tú no le consideraras costal de paja.

PEPA.—Puede ser también.

LUCAS.—Y eso es precisamente lo que me hizo precipitarme para decirte: ¡no puede ser! ¡Allá va el notición! Gonzalo es casado.

PEPA.—Lo sabía.

LUCAS.—¡Pues muy bien! No se perdió más que la gasolina del viaje. *(Riendo.)* ¡Esta imaginación de los viejos es atropellante y vertiginosa! No hace un cuarto de hora que me lo contaron, y en lo que tardé de casa a casa ya te he visto enamorada de ese hombre, desesperándote al saber lo imposible. ¡Y no pudiendo resistir la pasión, te suicidabas con cianuro de potasio!

PEPA *(Riendo.)*.—¡Don Lucas!

LUCAS.—¡Qué quieres, hija! ¡Mi folletín no podía terminar sin la nota conmovedora del suicidio!

PEPA.—Estoy muy lejos de ese final.

LUCAS.—¡Pues claro! Me alegro bien de que ya lo supieras, porque así te quitaste de una vez el peligro —o por lo menos la decepción—de inclinarte adonde no hay forma correcta ni posible de continuar. *(Levantándose.)* Y dispénsame la inoportunidad de traer con tantas prisas y tantos sustos una noticia manida e indiferente. Es el cariño enorme que os tengo, la preocupación continua de conservaros inmaculadas... Y una mota que os vea, una sombra negra que vislumbre próxima a vosotras—cualquier cosa que os pueda manchar el alma, el cuerpo o el traje—, ¡ya está el infeliz de don Lucas con todas las fuerzas suyas quitando

motas y espantando sombras! Dispénsame, dispénsame... *(Mutis por foro.)*

ESCENA III

PEPA. MONSERRAT, por derecha.

MONSERRAT *(Se acerca lenta; y viendo que la otra no habla.)*.—¡No puedo resistir más la impaciencia de saber! ¿Qué ha pasado?

PEPA.—Que volverá...

MONSERRAT.—¿Volverá?

PEPA.—Se lo he suplicado yo.

MONSERRAT *(Muy despacio.)*.—¿Se lo has suplicado tú? ¿Tú?

PEPA.—Sí.

MONSERRAT.—¿No le rechazas en absoluto?

PEPA.—No.

MONSERRAT.—¿Que no le rechazas?

PEPA *(Con el gesto.)*.—No. *(Pausa.)*

MONSERRAT.—Papá ha quedado en venir a recogerme luego. Si no te estorbo...

PEPA.—¡Monserrat!...

MONSERRAT.—Le esperaré por aquí...

PEPA.—¡Monserrat!... *(Pausa.)* Haz lo que te parezca.

MONSERRAT.—Antes creía que la tuya era mi casa, que tú y yo éramos como hermanas...

PEPA.—¿Y ahora?

MONSERRAT.—Ahora no sé qué huracán endemoniado me llevó por los aires a otra casa, donde hay otras personas a quienes ni siquiera conozco.

PEPA.—¿Ni conocerme ya?... Vas de prisa...

MONSERRAT.—Por más vueltas que le doy, ¡yo misma no lo comprendo! ¿Cómo han podido llevarme de un sitio para otro sin notarlo yo? ¿Cómo estos mue-

bles, que me son tan familiares, están de pronto en esta casa? ¿Cómo esa mujer, esa que está ahí sentada, ésa, se parece tan enormemente a ti, y sin embargo no eres tú, que es otra bien distinta y bien extraña?

PEPA.—Vamos, Monserrat, no seas chiquilla...

MONSERRAT.—Ojalá lo fueras tú. Pero aun más que yo, más pequeña... ¡En la cuna, en el regazo de tu madre todavía!

PEPA *(Sonriendo.)*.—Así no habría conflicto de amores...

MONSERRAT.—Ni tampoco viviendo ella; que una mujer no le dice a otra mujer que se eche al arroyo más que por miseria.

PEPA.—¡Pero yo no me echo al arroyo!

MONSERRAT.—Sí...

PEPA.—¡No! ¿Por qué has de ser tú siempre la que tengas razón?

MONSERRAT.—Porque digo solamente lo que me enseñaron y lo que dicen todos.

PEPA.—También yo digo lo que me enseñaron. Por ahí no es más razón la tuya que la mía.

MONSERRAT.—Una idea de las de tu padre...

PEPA.—El la defiende, sí...: ¿pero suya?, no. Es de muchos, de todos los que sufren la injusticia de un dolor inútil.

MONSERRAT.—Todos lo parecen... o lo son.

PEPA.—No; todos, no. Los que vienen por ley natural, no; los que vienen añadidos por la crueldad y el egoísmo de otros hombres, sí. Que te aprisionen ¡y te maten! por un crimen que has cometido, es un dolor justo. Pero que te pongan en prisiones por el delito bufo de no pensar como el tirano..., ¡no, cien veces no! Si tu madre se muere, ninguno te dice: no la sientas, no la llores... ¡No; al contrario! ¡Siéntela, llórala!... Ese es un dolor justo. Pero si en tu casa no

hay con qué comprar las medicinas durante su enfermedad..., ¡sí, ese es un dolor injusto!

MONSERRAT.—Ahí dices verdad...

PEPA.—Y en amor también la digo. Tropezando con lo imposible..., ¡paciencia por fuera, y a repudrirse de ira por dentro! Pero tropezando con quimeras que sólo están en pie todavía porque nadie se ha tomado la molestia de darles un empujón y tirar con ellas..., ¡ay, no, por eso, no! A pelear y a defenderse.

MONSERRAT.—Deja que peleen otros...

PEPA.—Ese razonamiento es el que lleva a no pelear nadie. ¡No!

MONSERRAT.—Y no podemos olvidar que a las muchachas solteras nos están vedadas ciertas cosas...

PEPA.—¡Ya está ahí el argumento más vil de cuantos hacen por el mundo! Lícito para casadas únicamente. Son mejores... o menos malas las embusteras, las hipócritas, las que van a la alcoba de uno por el pasillo de la casa del otro y pueden poner a los hijos de muchos el apellido de uno solo. ¿Esas mejores, ésas? ¡Responde! ¡Esas? ¿Dejarme ir yo al amor dando el rodeo por la callejuela de un matrimonio indiferente? No. Para mí, esa no sería disculpa; al revés, serían dos culpas.

MONSERRAT.—Te censurarían lo mismo.

PEPA.—Pero no me rechazarían. ¡Ya es buena diferencia! Sólo que no la admito. Con todos sus inconvenientes, lo mío siquiera es leal.

MONSERRAT.—Piénsalo... ¡Es romper con todos!

PEPA.—Ya lo sé... El bueno de don Lucas... ¡El que me quiere tanto!, ha venido ahora a decirme—sin darse cuenta él mismo de que lo decía—que no me querrá nada si alboroto con un arranque de independencia a las ranas de este charco.

MONSERRAT.—Ni él ni nadie.

PEPA.—Lo sé. Ni nadie.

MONSERRAT.—¿Y no te espanta?

PEPA.—No... ¡Bien quisiera la paz con todos, la consideración de todos!... Pero ya que es incompatible.... me basta..., ¡y puede que me sobre!, contando solamente con mi padre.

MONSERRAT.—¿Y estás segura de él?

PEPA.—En absoluto.

MONSERRAT.—Eso es más triste aún...

PEPA.—¡No! Eso es más verdad que todo lo restante junto, reunido ¡y aumentado con otro tanto encima todavía!

MONSERRAT.—Bien..., bien... Soy demasiado poca cosa para tratar de convencerte..., y demasiado honrada para que me convenzas tú.

PEPA.—¡Yo lo seré igual siempre!

MONSERRAT.—¡No! ¡No! ¡No! *(Pausa.)*

PEPA *(Sonriendo amargamente, con pena.)*.—Pues adiós, Monserrat...

MONSERRAT *(Da unos pasos, marchando; vuelve rápida, la abraza conmovida.)*.—Adiós, Pepa... *(Mutis lento por foro. Pepa, inmóvil, sonríe viéndola marchar. Quisiera abrirse paso por el mundo, pero ya ve con desconsuelo que el mundo, lo que ella ama del mundo, se le va cerrando poco a poco... Luego va a la mesa, coge una cuartilla e intenta leer, pero no lo consigue y se queda absorta. No sabe adónde mira, como no sabe tampoco ciertamente adónde va...)*

ESCENA IV

PEPA. DEMETRIO, por izquierda.

DEMETRIO *(En la puerta, mira un instante a Pepa, y luego avanza.)*.—¿Qué tienes, hija? Hace ya mucho que desapareció tu alegría de antes.

PEPA *(Queriendo sonreír.)*.—¿Qué voy a tener?

DEMETRIO.—Alguna cavilación.

PEPA.—Esas no faltan nunca.

DEMETRIO.—¿Y yo la ignoro? ¿Ya no es tu padre el buen amigo, el mejor amigo de siempre?

PEPA.—¡Bien lo sé!

DEMETRIO.—Es posible; pero sabiéndolo, aun no lo sabes del todo. Yo mismo, cuando me pregunto hasta dónde llegaría por ti, no acierto a responderme. ¿Hasta aquí? No. Más allá. Y llegando más allá, aun iría resueltamente cien veces y mil veces más allá. En todo, Dios ha de ser como yo en esto, infinito...

PEPA *(Acariciándole.)*.—Lo sé, lo sé.

DEMETRIO.—Entonces, no tengas secretos para mí.

PEPA.—No los tendré. Confía.

DEMETRIO.—La opinión de los padres es muy necesaria..., incluso para cuando ya se piensa en no hacernos caso.

PEPA.—No será ese nunca mi plan. Conozco bien tus ideas y tengo por norma..., ¡y a orgullo!, el pensar en todo como tú.

DEMETRIO *(Contento.)*.—¡Pues vamos perfectamente!

PEPA.—Eso espero con ansia.

DEMETRIO *(Riendo.)*.—Con ansia. Me parece que están ya maduras esas cerezas...

PEPA.—Quizás...

DEMETRIO.—Pues escoge tú el momento. El árbol ya sabe que cuando la fruta llegó a sazón, es ley que se desprenda... o que se la quiten. ¡¡Bueno!! ¿Corregimos un poco esas pruebas?

PEPA.—Como quieras. *(Se sientan a la mesa.)*

DEMETRIO.—¡Tengo ilusión con esta novela! Creo haber acertado...

PEPA.—Es muy hermosa y muy real.

DEMETRIO.—Real, sí. Puse humanidad en ella.

PEPA *(Con las galeradas.)*.—¿Capítulo veintitrés?

DEMETRIO *(Con las cuartillas.)*.—Veintitrés.

PEPA.—"Fernanda había pasado una noche horrible y excitada aún..."

DEMETRIO.—¿Hay coma antes de la y?

PEPA.—No.

DEMETRIO.—Ponla. El regente me borra todas ésas..., y puede que tenga razón gramatical; pero yo insisto en colocarlas porque escribo como hablaría, y es más rotundo y hasta más comprensible desligando un poco la oración. "Fernanda había pasado una noche horrible, y excitada aún..." ¿No te suena a dos cosas? ¿A la noche en vela y a que todavía le dura la excitación muchas horas más tarde?

PEPA.—Sí.

DEMETRIO.—Pues ponla.

PEPA.—"... y excitada aún, no sabía, ni después de tantas meditaciones, de qué lado se encontraba la verdad. En aquel problema de su vida, que se le aparecía enmarañado e insoluble porque cada hilito de luz se iba pronto a sumergirse en profundidades tenebrosas..., ¿cuál era la resolución más oportuna? ¿Era lo de antes, lo de siempre, la abdicación de su voluntad en aras de las conveniencias sociales, de todos los prejuicios y de toda la rutina que los siglos acumularon..., o era la rebelión, la defensa gallarda de su propia vida y de su único amor? ¿Quién la aconseja más lealmente?"

DEMETRIO.—¿Párrafo aparte?

PEPA.—Sí. "¿Quién? ¿Su madre, sus hermanas, sus amigas, diciéndole que no se puede romper con las leyes del mundo... y que, en último caso, la hipocresía es una ley tan corriente y tan usual como otra cualquiera, o aquel bueno de don Antolín, todo rectitud y todo bondad, diciéndole audazmente que cuando no se causa daño a tercera persona, *cuando no se causa daño a tercero,* es una insensatez, una enorme insensatez, el

renunciar a una pasión verdadera por el fantasma pueril de un *qué dirán?"*

Demetrio.—¿Subrayado?

Pepa.—Sí. "Renunciar por su propia conciencia, perfectamente, y siempre; pero cuando ella no nos acusa de traición para nadie, sino que vamos leales y en la imposibilidad absoluta de ir con arreglo a las fórmulas establecidas, entonces no; renunciar es cobardía solamente." ¿Quién le dice más verdad, quién?

Demetrio.—¿Qué lees? En el original no está eso.

Pepa.—No leo ya; pregunto.

Demetrio *(Riendo.)*.—Sigue, que pronto viene la respuesta.

Pepa.—No es la de ella la que pido, es la tuya. Fernanda ya sé que acepta la teoría del desafío al mundo y se pone a vivir con su amor; pero como la novela concluye cuando ellos empiezan, no sé en cambio si la felicidad les dura más de un día o si el mundo al fin toma venganza y los hace desdichados.

Demetrio.—Escribiremos el tomo segundo para resolverte esa duda. Y como estamos muy a tiempo, la resolveré a tu gusto. ¿Qué quieres que sean? ¿Dichosos o infelices?

Pepa.—Lo que puedan ser.

Demetrio.—Ambas cosas. De mi pluma depende.

Pepa.—Y si dependiera de la realidad... ¿Qué serían? Mientras dure la exaltación que les ha llevado a unirse atropellando por todo, ya lo sé: dichosos, muy dichosos. Pero ¿y después?

Demetrio.—El amor no crece ni disminuye por la clase de vínculos.

Pepa.—¿Y la estimación?

Demetrio.—Tampoco. Casi te diría que más aún por el recuerdo siempre vivo de lo que han sacrificado para ese amor.

Pepa *(Con ansia.)*.—¿Verdad?

Demetrio.—Verdad.

Pepa.—Entonces..., poniendo todas esas circunstancias, todas, sin faltar ni una: pasión inmensa, propósito irrevocable de eternidad en ambos y el imposible de unirse de otro modo—¡y sin causar daño a nadie, a nadie!—, ¿podría ir honradamente una mujer a ese cariño?

Demetrio.—Ya lo ves en Fernanda.

Pepa.—Fernanda, no; que no existe ni ha existido. Una mujer de veras. Un ser de carne y hueso que no se cierren las páginas de un libro y concluye, sino que se cierran las puertas de las otras casas y ha de seguir viviendo aislada y desdeñada.

Demetrio.—El principio fundamental es que le ha de bastar su propia honradez.

Pepa.—¿Verdad?

Demetrio.—Claro.

Pepa.—Entonces tú..., si te pidiera consejo una persona a quien apreciaras: la prima Monserrat, por ejemplo, o Chuchita...

Demetrio.—Le diría que lo pensara más de una vez...

Pepa.—¿Y ya muy pensado?...

Demetrio.—Que lo resolviera.

Pepa.—¿Verdad? ¿Sin desdoro? ¿Sin que tú le negaras después el buen aprecio en que hoy la tienes?

Demetrio.—Yo no entiendo de cicaterías...

Pepa.—¿Verdad que no? Y si fuera alguien... a quien tú quisieras más, muho más que a Chuchita y a Monserrat... Si fuera yo...

Demetrio *(Riendo.)*.—¿Tú?...

Pepa.—En serio, muy en serio. ¿Si fuera yo?

Demetrio *(Súbitamente aterrado.)*.—¿Tú?

Pepa.—Yo, sí. Ya sabes mi secreto, padre...

Demetrio *(Levantándose.)*.—¿Tú? *(Va a ella y abrazándola muchas veces.)* ¿Tú? ¿Tú?... ¡No!... ¡Tú, no!... ¡Tú, no!...

PEPA.—Nos queremos profundamente; pero Gonzalo es...

DEMETRIO.—¡Lo que sea! No me importa. ¡Que desaparezca, que se hunda, que se muera! No me importa.

PEPA.—¡Escucha, que por fuerza has de saberlo! Gonzalo es casado, pero...

DEMETRIO.—¿Casado? ¿Ay, no; que se muera, no! ¡Matarlo yo, destrozarlo, hacerle añicos!

PEPA.—Siempre fué leal para mí.

DEMETRIO.—¿Leal? ¡No! ¡Canalla, bandido!

PEPA.—Jamás me dijo una palabra.

DEMETRIO.—Pues le mataré por no haberla dicho.

PEPA.—Y he sido yo la que hablé con él primeramente.

DEMETRIO.—Bien. Igual. Le mataré porque fuiste tú. ¡De todas maneras, de todas!

PEPA.—Y no se trata de ninguna traición, porque su pobre mujer, hace mucho y para siempre, está recluída por loca en una casa de salud.

DEMETRIO.—¿Sí?

PEPA.—¡Sí!

DEMETRIO.—Pues la loca es la única que tiene aquí razón. Tú, no; él, no. La loca... y yo, ¡que también me voy a volver loco!

PEPA.—Y nosotros tanta razón como el que tenga más; que con tal nobleza vamos, que se empieza por decírtelo a ti.

DEMETRIO.—¿A mí? ¡Tú... o yo..., o los dos, estamos delirando! ¿Pero qué esperáis de mí, insensatos?

PEPA.—Lo que has dicho siempre.

DEMETRIO.—Nunca.

PEPA.—Que es lícito defender una pasión verdadera.

DEMETRIO.—¡No!

PEPA.—Que ha de ser nuestra conciencia el único Juez.

DEMETRIO.—¡No! ¡Yo no lo he dicho!

PEPA.—Lo has escrito.

DEMETRIO.—Eso es otra cosa.

PEPA.—¿Otra cosa? Escribías siempre, ¡siempre!, en odas tus obras, ¡en todas!, lo que no pensabas nunca, nunca!... ¿Y yo? ¿Creyendo en ti con ceguedad, cóno iba a suponerme yo que ensalzaras constantemente or bueno lo que en el fondo de tu alma sabías que ra malo?

DEMETRIO.—Yo escribía para el mundo.

PEPA.—Entonces para mí también.

DEMETRIO.—No. Tú eres aparte y eres más.

PEPA.—¿Hay una moral para todos y otra exclusiamente para mí?

DEMETRIO.—¡Claro que sí! Claro que hay una moal, más amplia, con los extraños, y otra más severa on nosotros y con los nuestros. ¡Claro que hay dos lases de moral, como hay, por lo menos, dos clases e hombres y de mujeres! Hombre soy yo. Pero dime, soy un hombre para ti? Mujer eres tú..., ¡pero tú o eres, ni has sido, ni serás nunca, una mujer para ní! Y cuando se habla de hombres y de mujeres, no ay nadie—salvo un mal nacido—que hable de su madre o de su hija. ¡Esas están aparte siempre!

PEPA.—Es verdad, y precisamente por serlo, por onsiderarte superior y distinto a todos, no puse jamás n tela de juicio tus palabras. Predicabas ideas que no ran las corrientes, ¡al contrario!, eran opuestas a las e todo el mundo..., pero las decías tú, ¡y bastaba!, ara mí eran artículo de fe. Tú me formaste, yo me ejé guiar...; ¿de qué me acusas ahora, porque pienso gual que tú?

DEMETRIO.—¡Es que te equivocas, que yo no pieno así!

PEPA.—Una vez más la demostración: Ahí, en las aleradas que corregíamos.

DEMETRIO (*Cogiendo unas cuartillas.*).—¿Estas?

PEPA.—Esas.

DEMERTRIO *(Rompiéndolas y tirándolas.)*.—¡Pues ahí tienes mis ideas, ahí las tienes!

PEPA.—Las tuyas, sí. No estaban más que en el papel..., y así no es difícil borrarlas o romperlas.

DEMETRIO *(Cariñoso.)*.—Te hice mal, ¡pobrecita!, y comprendo lo que sufrirás. La culpa es mía, toda mía. ¿Pero me perdonas, verdad?

PEPA.—Sí...

DEMETRIO.—Hubiera sido horrible... ¡monstruoso!, el haberte educado con tanto afán, y que tú ahora, inconscientemente, marcharas por el camino del escándalo y de la inmundicia. ¡Monstruoso! Ya me hago cargo del sacrificio enorme que es el de desistir de una pasión arraigada...

PEPA *(Con la cabeza.)*.—No.

DEMETRIO *(Aterrado.)*.—¿No? ¿No desistes? ¡Con el gesto no me basta! ¡Dilo, dilo!

PEPA.—Me enseñaste que se puede ir noblemente...

DEMETRIO.—¡Pero hoy te digo que no!

PEPA.—No es bastante con decirlo. Las ideas que nos inculcan desde pequeños, cuando se aceptan sin discutirlas por la razón suprema de creer ciegamente en quien las dice, esas ideas, malas o buenas, son las que persisten después y para siempre.

DEMETRIO.—¡Te juro yo que son malas!

PEPA.—Diciéndolo tardíamente, ¡más daño aún! No podemos desprendernos de lo viejo, porque está infiltrado en nosotros..., y no podemos aceptar lo nuevo porque no se cree todavía.

DEMETRIO.—¡Pues créelo, créelo!

PEPA.—¿Y cómo? La fe en quien lo dice se perdió desde el momento en que él mismo reniega de cuanto ha dicho.

DEMETRIO.—Entonces..., ¿Entonces es que vas a

saltar por todas las conveniencias y por todos los consejos?

Pepa.—Cuando era tiempo todavía no supe el obstáculo; cuando lo supe, ya estaba el amor arraigado profundamente. Vi la desdicha, la fatalidad de que eso fuera así y no pudiese en lo humano ser de otro modo..., lo ¡vi!; pero como también tenía la convicción absoluta de que aun en esas circunstancias cabe el ir honradamente, sin desdoro, sin mancha y sin pecado..., ¡al amor fuí, y ya que pude lograrlo, el amor defiendo!

Demetrio.—Y el hombre.

Pepa.—También. Al leal, al caballero... ¡También, también!

Demetrio.—¡El canalla!

Pepa.—¡No!

Demetrio.—¡Sí, cien veces sí!

Pepa.—¡No, mil veces no!

Demetrio.—¡Canalla, canalla, canalla!

Pepa.—¡Padre!

Demetrio.—¿Vas a revolverte contra mí?

Pepa.—Contra todos lo aconsejaste tú...

Demetrio.—¡Pues inténtalo, inténtalo! ¡Es una amargura desesperante el que te sirvas de mis propias palabras contra mí!

Pepa.—No conozco otras más que las tuyas.

Demetrio.—¡Y que sea yo, que parezca que soy yo quien te induce a esta villana torpeza! ¡¡Yo, Dios de Dios!!

Pepa.—Parecerlo no, ¡serlo! Si no tuviera el convencimiento de esta posibilidad, ¿cómo me habría dejado ir a soñarla siquiera? Si no estuviera convencida, absolutamente convencida de tu aquiescencia, lo habría hecho todo, ¡todo!, a tus espaldas. ¿Pero buscarte a ti, confiarme a ti, pedirte amparo a ti? No, eso no. So-

lamente como lo hice: creyéndome amparada, desde luego.

DEMETRIO.—Pues no lo estás.

PEPA.—Ya lo veo.

DEMETRIO.—Y ahora se acabaron las discusiones entre nosotros, que es hasta indigno que te escuche. Esto no puede ser, esto no debe ser y esto no será. Por buenas o por malas, esto no será. Tú dirás cómo.

PEPA.—Tú, tú...

DEMETRIO.—Pues yo. Es preciso que renuncies a ese hombre.

PEPA.—No..., ¡porque le quiero!

DEMETRIO.—Vas a tu descrédito.

PEPA.—No, porque le quiero.

DEMETRIO.—Y para ti se cerrarán todas las puertas.

PEPA.—Sí, pero le quiero. Y sabiéndole desgraciado, le quiero más aún.

DEMETRIO.—¿Y esa razón basta contra todo?

PEPA.—Ahora ya sí: contra todo.

DEMETRIO.—¡Bien! Entonces ya no queda entre nosotros más que mi obligación absoluta, imperiosa, de evitar a todo trance que esto sea. Y lo evito, lo evito... ¡Te juro que lo evito! De que ese hombre no vuelva a acercarse a tu lado ¡me encargo yo! Y de ti... ¡de ti también! Primero te hago pedazos. No sé ni lo que es haberte puesto jamás la mano encima..., ¡bueno, pues pedazos, como las ideas, como el papel! ¡¡¡Así, así, así!!!

PEPA.—Eres el más fuerte.

DEMETRIO.—Lo soy. Renuncia.

PEPA.—Le quiero.

DEMETRIO.—¡Renuncia!

PEPA.—Le quiero.

DEMETRIO.—¡Mira que te mato!

PEPA.—Le quiero.

DEMETRIO *(Abalanzándose amenazador.)*.—¡Pues ya no le quieres más!

PEPA *(Inmóvil.)*.—¿Padre?...

DEMETRIO *(Dominándose violentamente.)*. —¡No! Eso no!

PEPA *(Con dulzura.)*.—Que no hay culpa en mí... que no la hay!

DEMETRIO.—En mí, en mí. Para lucrarme, para eniquecerme, no he tenido reparo en aprovechar la falledad de unas doctrinas escandalosas, hundiendo prinipios sanos y halagando pasiones innobles. ¿Sembré rrores y prediqué rebeldías? Pues con ir al error y er rebelde no haces más que seguirme dócilmente. Tienes tú razón y, además, la tiene quien me castiga, rayéndome todo el mal por la única persona en quien puse amoroso todo el bien.

PEPA *(Espantada.)*.—¿Tu castigo yo, Padre, yo...?

DEMETRIO *(Resignado.)*.—Y es muy justo. ¡Los que e burlan de todo y aconsejan el desprecio para todo, piensan que destruyen solamente lo extraño, lo ajeno..., y están minando, socavando, destruyendo tamién lo suyo propio! Pero como yo no soy de los que se pelean contra lo imposible, y a estas alturas la vida ya no me interesa..., ¿para qué la quiero, desesperado y solo?

PEPA.—¡Padre!

DEMETRIO.—Pues muy sencillo. Tú sales por esa puerta cuando te plazca..., y yo ese mismo día he concluído de vivir.

PEPA *(Echándose en sus brazos.)*.—¡Padre!

DEMETRIO.—El autor de *Margarita la Rubia,* de *La Otra Friné...,* matándose por un puntillo de honor. Los que lean mi última novela ¡cómo se van a reír con mi tragedia!

PEPA *(Siempre abrazada.)*.—¡No! ¡Eso no!

DEMETRIO.—¡Pues lo otro menos! ¡Lo otro nunca! ¡Mil veces concluir conmigo!

PEPA *(Acariciándole.)*.—No te atormentes, Padre. Soy yo quien cedo.

DEMETRIO *(Gozoso.)*.—¿Renuncias?

PEPA.—Renuncio a mi felicidad, sí. ¡Tan cara me la dan, que no la quiero!

DEMETRIO *(Abrazándola.)*.—¡Dios te lo pague!

PEPA.—Pero es bien triste que no se pueda vivir sino renunciando siempre a algo...

DEMETRIO.—Perdóname..., ¡perdóname y apréndelo, como yo! Lo más lógico y lo más horrible del mal que hacemos es que recaiga siempre en lo que adoramos más en este mundo.

TELON



OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MÁS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)
María Victoria, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)
La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.
La divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)
Añoranzas, estrenada en el teatro Español.
El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español. (Segunda edición.)
La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.
La raza, estrenada en el teatro de la Princesa. (Tercera edición.)
Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.
Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)
El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.
La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.
Toninadas, estrenada en el teatro Español.
Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.
El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.
La casa de la Troya (arreglo escênico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.) (Agotada.)
Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.
Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.
Como Dios nos hizo..., estrenada en el teatro del Centro, de Madrid. (Agotada.)
La mala ley..., estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (6.ª edición.)
Currito de la Cruz (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (2.ª edición.)
La jaula de la leona, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.
Cuando empieza la vida, estrenada en el teatro Eslava, de Madrid.
Los Rikaldy, estrenada en el teatro Fontalba.
El alma de la aldea, estrenada en el Poliorama, de Barcelona, y Lara, de Madrid.
Disraeli, estrenada en el teatro Infanta Isabel.
Knock o el triunfo de la medicina, estrenada en el teatro Cómico, por la compañía "Díaz-Artigas".
El marido de la Estrella, estrenada en el teatro Lara.
Primero vivir..., estrenada en el teatro de la Princesa.
A martillazos (en colaboración con D. Emilio Méndez de la Torre), estrenada en el teatro Lara, de Madrid, y Gran Teatro, de Córdoba.

¡Mal año de lobos...!, estrenada en el teatro Lara, de Madrid.
La última novela, estrenada en el teatro Principal, de Zaragoza, y Lara, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)
La cizaña, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.) (Agotada.)
El ídolo, en tres actos (refundida en dos), estrenada en el teatro Español.
Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)
El mismo amor, estrenada en el teatro Lara. (Agotada.)
Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)
Las buenas intenciones, estrenada en el Coliseo Imperial.
El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.
Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara. (Segunda edición.)
Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.
Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.
La garra, estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)
Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.
Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.
En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.
Cobardías, estrenada en el teatro Lara (10.ª edición.)
Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Lo pasado, o concluído o guardado, estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)
Lo posible, estrenada en el teatro Lara.
El cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara. (Tercera edición.)
Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.
Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.
Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.
La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.
El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.
El milagro, estrenada en el teatro Lara.
Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.
Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.
La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.
La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro cómico.
La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.
Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

OBRAS COMPLETAS

Publicadas por BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino.*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).
Tomo II.—*El abolengo* (dos actos).—*María Victoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).
Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos).—*Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).
Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).
Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos.—*Clavito* (un acto).
Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).
Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).
Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos-.—*El mismo amor* (dos actos).
Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).
Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).
Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos). *La garra* (dos actos).
Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos).—*Fantasmas* (dos actos).
Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos). *Como hormigas* (dos actos).

Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).

Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos).—*El milagro* (un acto).

Tomo XVI.—*En cuerpo y alma* (dos actos).—*Cristobalón* (dos actos).—*Lo que engaña la verdad* (un acto).

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBBE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco G. Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Número homenaje a María Guerrero.)
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la cinematografía mundial. Informaciones y noticias de última hora.

20 CENTIMOS

EDITADO EN
RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.